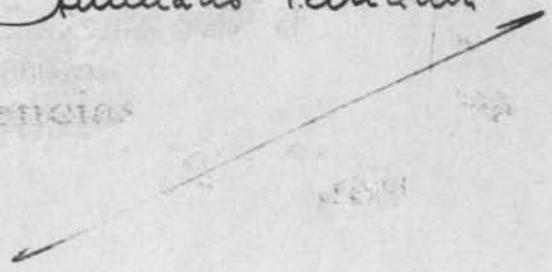


Juliano Fernández

Diencias



Boletín de la Academia
de
Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba

AÑO XIV

ABRIL A JUNIO 1935

NÚM. 45



ENRIQUE VACA DE ALFARO
MÉDICO

Reproducido de un grabado en madera, que se publicó en 1872, en el tomo I, página 340, del «Catálogo de la Biblioteca de Salvá»

Julian Ferrand

La Humanidad no cesa de tejer la maravillosa tela del Progreso

(Discurso de don Angel de Torres e Illescas, en el acto de su recepción como Académico, verificado el día 6 de Abril de 1935).

Señores Académicos:

Alto honor me habéis dispensado sin mérito que lo justifique, confiriéndome bondadosamente el título de Académico de número de esta docta Corporación.

Alto honor inmerecido repito, entre otras razones de gran peso, por la muy fundada, de que mis servicios en pró de la cultura y de la civilización hasta la fecha, han sido nulos o poco menos.

Y si ésto es así, no como premio, no como recompensa entiendo debo recibir este galardón que tanto me dignifica, que tanto me honra, sinó como bondadoso estímulo, que vuestra inagotable benevolencia me ofrece.

Ello me obliga como es lógico, a redoblar mis esfuerzos, poniendo a contribución mis facultades bien escasas por cierto, para marchar siquiera sea a vuestra retaguardia, por la senda que este benemérito Centro de cultura señale, en consonancia con el título que ostenta de Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes.

Pero es tanta la emoción que en estos momentos embarga mi ánimo al presentarme ante vosotros, son tantas y tan complejas sensaciones las que asaltan mi espíritu, que no extrañéis señores Académicos, mi torpeza en el decir, mi turbación en el pensar, mi indiciación en resolver, debido de una parte al recuerdo de las eminentes dotes artísticas de mi ilustre antecesor, de otra a la gratitud que os debo por la merced dispensada, hija de vuestra proverbial benevolencia, merced que trae no lo

dudo, arduos deberes; pero lo he dicho y repito, que pondré a prueba mi voluntad, aportando con el mejor deseo el grano de arena, al mayor esplendor y progreso de la moderna Ciencia, y supliendo con celo infatigable dotes más elevadas, animado de vuestra bondad, pues cierto es, que el saber y la indulgencia, siempre estuvieron unidos.

Al cumplir hoy con el primero y más sagrado de mis deberes como académico, acatando respetuosamente los preceptos que nos impone el estatuto que nos rige, solo intento presentar una débil muestra de la voluntad con que me asocio a los meritorios trabajos de mi digno antecesor don Ezequiel Ruíz Martín, cuya vacante de Académico numerario ocupó, porque al ser jubilado, trasladó su residencia a Madrid, cesando según precepto reglamentario de ostentar aquella representación.

Hábil y bien reputado maestro. Grabador y dibujante distinguido, de sus manos salieron infinidad de obras de indiscutible mérito, que le honran como artista consumado.

De envidiables dotes de saber en las Artes de su profesión, en las que adquirió gran relieve; tanto, que el Estado español lo pensionó para que fuese a Italia, la cuna de las bellas Artes, para que perfeccionase las por él cultivadas con tan excelentes disposiciones.

Durante su larga vida profesional, se dedicó preferentemente a la enseñanza con excelentes resultados, siendo no escaso el número de alumnos que salieron de las aulas y talleres por él dirigidos, con sólida base para brillar en el mundo de las Artes bellas.

Tarea difícil me ha sido elegir tema: Al fin me he decidido por el que lleva por título «La Humanidad no cesa de tejer la maravillosa tela del progreso». Tema digno de ser escrito por pluma mejor cortada que la mía, que le imprimiese forma más bella, en armonía con la importancia del fondo.

Tema de amplios límites, imposible de ser desarrollado en los muy reducidos de este escrito, por lo que procuraré la mayor brevedad, evitando se moleste vuestra atención para mi tan digna de todo respeto.

La civilización todos sabemos que es un estado de cultura al que el hombre, ser superior por su inteligencia y voluntad, aspira a poseer desde los albores de la Creación. Sus esfuerzos fueron constantemente dirigidos a satisfacer sus más perentorias necesidades, ya que por su propia

debilidad física, la vida le hubiese sido molesta y aún imposible, de no haberse puesto en defensa contra tantos y tantos elementos hostiles como le rodean. Satisfechas sus primeras y más perentorias necesidades, otras nuevas le fueron asaltando, que igualmente trató de satisfacer, y así sucesivamente en el transcurso del tiempo hasta llegar a nuestros días, en que la civilización ha conseguido un tal alto nivel, que la vida se hace cómoda, dado los muchos progresos en las Ciencias y en las Artes.

El hombre tiene derechos y deberes que cumplir en la Sociedad en que vive, es sociable por naturaleza, no es pues extraño trate de contribuir al bien de sus semejantes, poniendo a contribución sus privilegiadas facultades, lo que explica ese sin fin de prodigiosos inventos, dignos muchos de ellos de ser grabados los nombres de sus autores en bronces y mármoles.

La ley porque se rige el estado de cultura de los pueblos es lenta por naturaleza, esencialmente lenta, pero de pasos seguros hacia la perfección, y si bien es cierto que en el transcurso de los siglos, ha sufrido paralizaciones y aún retrocesos más o menos prolongados, más tarde ha seguido su curso, consiguiendo nuevos y resonantes éxitos, que han llenado páginas y más páginas de la historia de la civilización. Pero no se crea que ello constituye una regla general, ni mucho menos. Hoy desgraciadamente hay pueblos en que la civilización es muy deficiente, y otros en los que existen tribus semi-salvajes como sucede en algunas comarcas del interior de Africa, prueba palpable de que no hay regla sin excepción.

«Non plus ultra», no más allá, inscripción esculpida con letras de oro en las dos columnas levantadas según la tradición en las playas gaditanas por Hércules.

No más allá, de aquí no se pasa, imposible seguir más adelante, concepto atribuído a los sabios de la antigüedad, que no admitían modificar en lo más mínimo, las hipótesis fundamentales de las teorías en boga en aquellos tiempos.

No más allá, evidente demostración del atraso y miseria en aquellas sociedades que como lema de su modo de ser, ostentaban el dogma degradante de la petrificación, dogma de intolerancia, que ahoga al nacer

toda idea de progreso, conservando los errores de las Ciencias y cerrando el paso a las verdades indiscutibles.

Pero esos tiempos pasaron para no volver más, pasaron así mismo para no volver jamás los dogmas inventados por aquellos sabios para explicar al hombre y al Universo, que la ciencia antigua consideraba como ciertos en absoluto, y que una vez establecidos, no se consentía tocarlos, ni modificarlos en lo más mínimo, constituyéndose un estado de intolerancia insufrible; pero la moderna ciencia admite sus dogmas en cuanto son explicados todos los fenómenos, pero en el momento en que falte uno, siquiera uno, se clama: «Abajo esa teoría; venga otra».

Basándose pues en estos fundamentos de la ciencia, el hombre, luchando con tesón contra insuperables dificultades, ha logrado en muchos casos dar cima a su empresa, en otros ha desistido de sus proyectos, lucha gloriosa en beneficio de la civilización.

Colón descubre un nuevo mundo, no obstante las penalidades sufridas hasta conseguir los necesarios recursos y la protección de los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, y no obstante la creencia general en aquellos tiempos de que la tierra terminaba en Cádiz, según inscripción ya citada «Non plus ultra» grabada en las columnas de Hércules en el templo de Gades.

Pascal y Torriceli, con el barómetro pesan la atmósfera, apesar de afirmar veinte siglos antes Aristóteles que el aire no pesa.

Hall y Dollond, hacen desaparecer los colores del arco iris a las lentes, que tantas perturbaciones producían en la percepción de las imágenes, y que el gran Newton consideró imposible conseguir; contándose con portentosos telescopios o admirables reflectores, que permiten estudiar los astros con toda exactitud en los observatorios astronómicos.

Mongolfier inventa los globos aereostáticos, no obstante creer los sabios existía una completa imposibilidad para elevarse en los aires.

Niepee y Daguerre dan un mentís a los que consideran imposible fijar las imágenes de los objetos en la cámara oscura.

Fulton demuestra que se puede navegar a vapor, cuando todos creían imposible la solución de este problema.

Imposible así mismo creyeron los físicos y filósofos de la antigüedad, el cambio de las teorías atómicas sustentadas por Demócrito, Epicuro y

Lucrecio, cuyo sistema cantó en su notable poema: «De serum natura», y sin embargo, muchos sistemas más fueron implantados más tarde, y a su vez sustituidos por otros hasta la época actual.

En efecto, los alemanes Bathe y Backer, recogen una partícula desprendida del choque de un haz de rayos alfa sobre el metal berilio, y más tarde Blackett consigue se desprendan partículas pequeñísimas de un átomo, valiéndose digámoslo así, de un bombardeo por rayos muy potentes.

¡Qué compleja resulta ya la idea del átomo, tan sencillo en un principio! De indestructible e indivisible, ha pasado a ser un compuesto de partículas, clasificadas según sigue: El protón positivo, los electrones negativos, los electrones positivos y los neutrones.

Se dijo que Hall y Dollond hicieron desaparecer los colores del iris en las lentes, y desde entonces a hoy ¡qué progresos tan maravillosos ha alcanzado la óptica! Ciñéndonos a los telescopios, su perfeccionamiento es fabuloso, pues en época relativamente reciente, se ha instalado en el Observatorio Mount Wilson uno que cuenta con un espejo de 1'50 metros de abertura, peso de 865 kilogramos y 7'6 metros de distancia focal. Más tarde se ha instalado otro con espejo de 1'52 metros de abertura y 12'9 metros de distancia focal.

Y ahora se trata de instalar un tercero en dicho observatorio, verdaderamente colosal, cuyo espejo alcanzará un diámetro de 5'10 metros, a cuyo efecto el 8 de Marzo del próximo pasado año de 1934, se modeló con éxito completo, el bloque de vidrio, que permitirá observar las masas cósmicas a fabulosas distancias, doce mil millones de años de luz, con lo que las hipótesis en astrofísica existentes, caerán a tierra, como así mismo caerán otras tenidas por ciertas en otras ramas de la Ciencia, dado los progresos en todos los órdenes del saber.

A esas larguísimas distancias, se podrán, qué duda cabe, observar nuevas galaxias, y el Universo de De Silter (2.000 millones de años de luz), se considerará extremadamente pequeño, si se le compara con aquel 216 veces más amplio, más voluminoso.

Asimismo Niepce y Daguerre, dieron un mentís rotundo a los que aseguraban imposible en absoluto fijar las imágenes en la cámara oscura, origen de la fotografía llamada Daguerreotipo; y si partimos de esos tiempos a los presentes ¡qué progresos se han realizado en esta rama de la física! Basta citar

el procedimiento para producir imágenes con sus colores naturales, que constituye la fotogramia, y las aplicaciones a que se presta; entre ellas, la muy notable dirigida al levantamiento de planos topográficos y astronómicos, origen en esta última de la llamada fotografía astronómica.

Pero sin discusión, la más importante aplicación de la fotografía, es la cinematografía.

El cinematógrafo todos sabemos es un aparato que haciendo pasar rápidamente muchas imágenes fotográficas, que representan otros tantos momentos de una acción determinada, engendran la ilusión de un cuadro, cuyas figuras se mueven. Ello es efecto de un fenómeno psicológico, al que contribuye el hecho fisiológico de la permanencia de las imágenes en la retina un corto tiempo, que se aprecia en una décima de segundo.

Esta fotografía, que suele llamarse muda, se ha sustituido por otra más completa, ya que no sólo los movimientos, sino los sonidos, se reproducen con tal naturalidad, que parecen hechos reales. Paso gigante dado merced a la sincronización de los movimientos y de los sonidos en primer término.

Esta meritísima aplicación de la ciencia a la llamada cinematografía sonora, constituye extraordinariamente a la cultura de los pueblos y al deleite de los espíritus.

Ya recordareis que Mongolfier inventó los globos aereostáticos, no obstante la general creencia, de que se trataba de un problema insoluble. Pero ascender y sostenerse en el aire no bastaba para dominarlo; precisaba conseguir la dirección, lo que hasta fecha relativamente reciente no se ha conseguido, valiéndose para ello de motores de explosión, de poco peso y gran potencia.

La aeronáutica ha hecho progresos prodigiosos, tanto con los aparatos menos pesados que el aire, como con los más pesados.

La aparición del dirigible "Graff-Zepelín", es una prueba evidente. Este gran dirigible, una vez realizadas siete travesías del Atlántico Norte, una del Pacífico y recorridos todos los continentes del hemisferio Norte en sus viajes al rededor del Mundo con feliz resultado, emprende y lleva acabo su primer viaje de un hemisferio a otro, con seguridad pasmosa.

La aparición así mismo de los dirigibles ingleses R. 100 y R. 101,

es otra prueba indiscutible. Los notables vuelos llevados a efecto por estos aparatos, así lo confirman. El primero de ellos, destinado a establecer comunicación entre la metrópoli y los dominios británicos. El segundo, para vuelos a mayores recorridos a más largas distancias. Sus características: En el R. 100, las mismas ya experimentadas de los Zeplines; en el R. 101, formas nuevas, concepción más atrevida, y que en su viaje entre Ismailia y Kerachi, yendo en vuelo, sufrió un lamentable accidente, que produjo la muerte a toda su tripulación, de la que formaba parte el Sor Tompsón, Ministro del Aire.

Si de notables pueden en justicia considerarse los progresos alcanzados por la aeronáutica con aparatos menos pesados que el aire, no menos notables pueden calificarse los conseguidos con los más pesados.

Todos recordareis el maravilloso vuelo trasatlántico efectuado por el «Jesús del Gran Poder», dirigido por los famosos aviadores Jiménez e Iglesias. Desde que éstos anunciaron a fines de 1929 que se proponían realizar un recorrido por la América Austral y Central, con dicho avión (célebre ya por el que había realizado desde Sevilla a la Mesopotamia), todos los países sin excepción hispano-americanos, fijaron su atención en el magnífico vuelo, que tuvo principio el 24 de Marzo y finalizó el 17 de Mayo, pasando con toda felicidad, sobre el Océano Atlántico, la Costa Oriental del Sud-América, la Cordillera de los Andes y el Mar Caribe. Este avión, que debiera su nombre ser grabado con letras de oro en la Historia de la Aviación Española, era del tipo Breguet 1921 sex-quiplano.

Este viaje tan glorioso para España, afecta muy directamente al Cuerpo de Ingenieros del Ejército, por haber sido éste el creador y organizador de nuestra aeronáutica, y por proceder Iglesias del mismo, y además técnico y eficaz colaborador de Jiménez.

Interminable sería enumerar siquiera los sistemas distintos de aeroplanos, tanto civiles como militares conocidos, sobresaliendo algunos por sus enormes dimensiones para el transporte de tropas, y otros muy pequeños capaces de ascender y volar a velocidades realmente fantásticas, algunos a más de 500 kilómetros por hora, que aunque menos seguros y de más peligroso aterrizaje, en cambio su recorrido es el más veloz posible.

El autogiro «La Cierva» es sin duda uno de los más notables hasta el día. Realiza a la perfección todo lo que otro cualquiera, pero siempre con más seguridad y menos gasto.

Los progresos conseguidos en su construcción son verdaderamente maravillosos, siendo no sólo una esperanza, sino una realidad tangible tan notable invento, que hace honor a su ilustre creador y a nuestra querida patria.

En la actualidad se construyen en los Estados Unidos, Alemania, Francia e Inglaterra, ya que una de sus más señaladas ventajas consisten en no necesitar grandes campos de aterrizaje, toda vez que con 20 ó 30 metros cuando más, le basta para despegar, o sea, poco más del espacio que ocupa, por tanto puede tomar tierra o elevarse dentro de las mismas ciudades, en cualquier plaza o lugar despejado relativamente reducido.

Las velocidades que alcanza este singular aparato son de más de 200 kilómetros por hora. Puede aterrizar a velocidad cero en sentido horizontal, y a menos velocidad de la que lleva un hombre al descender con un paracaídas en sentido vertical, quedando inmóvil poco después de tocar a tierra o avanzando un metro cuando más, pudiendo quedar estático en el aire, si la velocidad llega a 30 kilómetros.

Ingenioso aparato sumamente seguro, que no es fácil sufra accidente alguno por pérdida de velocidad, ya que si así fuese, el autogiro, en vez de entrar en barrena o descender violentamente, la bajada es siempre suave, es lenta hasta posar en tierra.

Lo expuesto demuestra que el hombre se ha hecho dueño de los aires, veamos también si se ha hecho dueño del mar.

Como imposible se tuvo en la antigüedad la navegación a vapor que Fulton aseguró podía resolverse. Desde entonces acá ¡qué progresos se han llevado acabo en la Náutica! Hoy vemos surcar los mares con las mayores comodidades y el más refinado confort, verdaderos palacios flotantes.

En efecto, el colosal trasatlántico bautizado con el nombre de «Queen Mary», de nacionalidad inglesa, que ha sido botado al agua recientemente, patentiza lo dicho; pues se trata de un gigantesco barco de 70.000 toneladas de peso, de un andar de 30 nudos, de 325 metros de eslora,

y de 200.000 caballos de fuerza en sus máquinas, que puede con todo desahogo albergar hasta 4.000 pasajeros, y que formando calle, tiene comercios, cines, teatros, paseos y jardines; en una palabra, una pequeña población flotante, muy segura contra los riesgos del mar, puesto que la distribución de sus compartimientos la hacen insumergible en el lamentable caso de un naufragio.

Pero el dominio de la superficie del mar no basta, se quiere más, se aspira a descubrir los secretos del fondo. Se desea ser dueño y señor del elemento líquido, y se inventa el submarino, que si se considera esencialmente como máquina guerrera, también se aplica a importantes exploraciones en el orden civil.

Estos peces mecánicos son, como se sabe, buques dispuestos a sumergirse en el mar a voluntad. Su constitución es tal, que se asemeja a un gran flotador que voluntariamente puede aumentar su mayor o menor grado de flotabilidad, y cuando se anula, puede llegar a la inmersión, para lo que se dispone que el casco lleve a este fin unos tanques depósitos o compartimientos llamados Waterballasts, que se llenan de agua para sumergirse y se vacian para emerger, y otros varios mecanismos largo de enumerar.

En nuestros días, Abril de 1931, se han publicado fantásticas aventuras del submarino «Nantilus», bajo los hielos del polo Norte y polo Sur.

Pero estos peces artificiales tienen un gran inconveniente, los naufragios trágicos que con frecuencia sufren, y que no suelen ser remedios fácilmente, ni con el empleo de buzos, ni con el de buques de salvamento.

Pero como para el hombre nada hay imposible en la mayoría de los casos, el marino español Capitán de Corbeta, don Antonio Génova, ha ideado el salvavidas llamado «Ascensor Submarino», medio por el que se resuelve satisfactoriamente el problema.

El ingenioso compatriota emplea una pequeña cabina capaz para un hombre, que el submarino expulsa desde su interior al agua, cilindro que sube hasta la superficie por una ley física. Allí el náufrago levanta la tapa del bogarín y hace señales de humo o luminosas en solicitud de auxilio. Una vez salvado, avisa al interior del sumergible por medio de un cable arrollado a un carrete y un hilo telefónico.

El resultado obtenido en Junio de 1930 en la bahía de Cádiz, y después en 1931 en Cartagena, fué satisfactorio.

De otro salvavidas de más reciente invención han llegado noticias en los primeros días del año actual.

El Ingeniero Suizo Mr. Keller, ha construído un tanque de salvamento que ha sido ensayado en Suiza con resultados plenamente satisfactorios.

Si el submarino por accidente fortuito se sumerge y no le es posible salir, el tanque, por su portentosa eficacia, salva seguramente a la tripulación. Esta se congrega en su interior, a cuyo efecto va situado por encima, sobre la superficie o casco del buque, y actuando sobre un dispositivo especial, se suelta espontáneamente, y por la presión del agua, se eleva rápido a la superficie, tardando en todo ello unos cuatro minutos cuando más.

Dispuesto en posición de navegar y con un motor de 100 HP y una existencia de combustible que asegure un radio de 1.200 kilómetros, la marcha del tanque alcanzará una media horaria de 33 kilómetros, muy suficiente en la generalidad de los casos, para llegar a tocar tierra sin peligro aún en los viajes de fuertes marejadas.

Como complemento cuenta el tanque con el auxilio de un periscopio y un tubo con filtro de aire, que va colocado en proa, y que estando el aparato en posición de marcha, giran ambos automáticamente hasta situarse en sentido vertical, colgando entre ellos una antena que le pone comunicación con el mundo.

Dispensar me haya extendido más de lo regular en describir estos ingeniosos inventos, ya que yo soy un enamorado de todo aquello que contribuya a salvar la vida a nuestros semejantes, arrancándolos, digámoslo así, de las garras de la muerte.

No menos dignos de mención son los progresos en comunicaciones: De la locomotora accionada por el vapor que tanto facilitó los transportes en la pasada centuria, se ha llegado al empleo en gran escala del automóvil, coche que sabemos lleva su mecanismo y motor, y que circula por los caminos ordinarios.

En un principio fué accionado con motor de vapor, más tarde de petróleo y hoy de gasolina.

Este sistema de comunicaciones con motores de explosión, por su velocidad y posibilidad de recorrer las carreteras, le hace ruda competencia a los ferrocarriles.

Los modelos son muy variados y cada vez más perfeccionados, y como de todos son muy conocidos, no sigo adelante en esta materia.

Nadie ignora que de la telegrafía y telefonía con conductores y cables submarinos, se ha pasado de un salto a la telegrafía y telefonía sin hilos.

La telecomunicación es una ciencia como se sabe, cuyo desarrollo ha sido rápido. Estudiar paso a paso la marcha prodigiosa de la telefonía y telegrafía hasta llegar a su estado actual, es siempre larga de realizar. Hertz en 1887, Rutkerford en 1895, y otros físicos, hicieron estudios sobre las ondas.

Más tarde Marconi, valiéndose de los descubrimientos hechos por Hertz y otros sabios al estudiar las ondas, las aplica a un fin completamente desconocido, siendo el genio creador de la telegrafía sin hilos o inalámbrica, invento asombroso y eminentemente práctico.

Ya no hay distancias, ya los barcos en el mar y los aviones en el aire, están constantemente protegidos, por encontrarse sin cesar en comunicación directa con sus bases o con sus barcos, que pueden salvarlos, evitándose verdaderas catástrofes.

La telefonía sin hilos o radiotelefonía, es otra maravilla del progreso de la ciencia. Por su medio se transmite el sonido sin conductor alguno.

Estos aparatos conocidos vulgarmente por aparatos de radio, hoy tan generalizados, permiten, sin salir de su casa, oír conciertos, óperas, zarzuelas, conferencias, como si realmente se asistiese a dichos actos, por lo que no sólo son recreativos, sino altamente instructivos.

La electricidad en nuestro siglo ha producido verdaderos portentos con sus aplicaciones, que ha colocado al hombre en una senda de felicidad, que ninguna otra rama de la ciencia le ha superado, por lo que es digna de ser cantada por los más eximios poetas, y por los más eminentes genios de la época actual.

Una prueba: Al celebrarse en el Brasil y en su capital Río Janeiro la fiesta del Pilar en el año 1932, coincidiendo con la inauguración del

grandioso monumento a Cristo Rey, erigido sobre el pico Corcovado a 700 metros de elevación, se quiso unir la de la fiesta de la raza hispano-americana, y el gran inventor Marconi, se asoció a dichos festejos, poniendo en acción su privilegiada inteligencia, valiéndose del empleo de las ondas electro-magnéticas para encender, desde Roma, la Ciudad Eterna, las luces que iluminaban la estatua del Redentor.

Otra prueba fehaciente de los prodigios que se producen al aplicar la electricidad, la tenemos con el Fotoliptófono, aparato inventado por el Ingeniero argentino don Fernando Crudo.

La base de este maravilloso invento, llamado a revolucionar la industria fonográfica, es la célula fotoeléctrica que se emplea en el cine sonoro, en virtud de la que la luz produce una vibración que se traduce en sonido, e inversamente el sonido se transforma en luz, mediante un proceso contrario, luz que va a manera de estilete luminoso, gravando sinuosidades, que corresponden a las modulaciones del sonido en una placa, que puede ser fotográfica o cualquiera otra debidamente sensibilizada, de la que claro es, se pueden obtener todas las reproducciones que se deseen.

A una sencilla hoja de papel se reduce pues el disco fonográfico; hoja que se arrolla a un cilindro, y con el auxilio de una lámpara eléctrica, la célula fotoeléctrica citada, y una batería de amplificadores, el aparato descrito permitirá la audición de óperas, comedias, etc., y llegar a conseguir aún el periódico hablado.

Si a lo expuesto se adiciona otra aplicación de la electricidad muy digna de mención, habremos apuntado lo más sobresaliente de esta rama de la ciencia física. La televisión será un prodigio si llega a perfeccionarse, puesto que permitirá asistir a una sesión del Consejo de Administración de cualquier sociedad industrial o bancaria, a la de cualquier parlamento o cualquier espectáculo público, en una palabra, a cualquier reunión, aunque se halle distante miles de kilómetros, sin necesidad de salir de su casa, ya que se verá y oirá perfectamente cuanto digan todos los reunidos, y a la vez éstos oirán y verán igualmente a los que les observan, sin precisión de efectuar un largo viaje. Todo ello como si realmente se asistiese personalmente a dichos actos, dándose la sensación real y verídica de un hecho consumado.

No debe, por último, omitirse mencionar otro prodigioso invento destinado especialmente a la ciencia médica. Se trata de la radiografía, que permite hacer fotografías con los rayos X. Estas fotografías, sabido es, permiten conocer lo invisible del cuerpo humano, y por ello es un elemento importantísimo de que hoy se dispone para llegar a conocer con certeza el origen de muchas enfermedades.

El hombre pues, lo tenemos dueño y señor de la tierra, de los aires y de los mares; pero no le satisface ésto por completo, aspira a más, quiere conocer la estratoesfera. Así es que nuestro compatriota el ilustre Académico de la de Ciencias de Madrid y Teniente Coronel de Ingenieros Sr. Herrera, prepara una ascensión a 20 kilómetros de altura, con globo libre, y provisto de una escafandra que le defienda de las inclemencias atmosféricas a esas tan elevadas regiones.

Un inglés, Marc Ridfra, proyecta a su vez elevarse en barquilla abierta y con escafandra a una mayor altura, o sea a 50 kilómetros.

La ascensión de Herrera, desde luego más modesta, es sin embargo de más seguro resultado, pues hoy, con los medios de que se dispone, la realización de la del inglés positivamente fracasará. Hasta ahora no hay noticias de que se haya efectuado ni la una ni la otra.

El objetivo que persigue Herrera es en primer término averiguar si la temperatura que a 10 kilómetros ha llegado a 50 grados, sube elevándose el globo.

El hombre, dominando el rayo, comunica con todos los puntos del globo, ya empleando alambres conductores, ya ondas hertzianas. Aplicando el vapor a las comunicaciones terrestres o marítimas, ha logrado demeritizar la sociedad, toda vez que los ricos se valen hoy de los mismos carriles y de los mismos hilos que los pobres, para trasladarse de un punto a otro o para recibir noticias, aunque procedan de distinto hemisferio, facilitando así el intercambio de mercancías, con lo que se habrá obtenido desaparezca la triste situación en que se hallaron nuestros antepasados, al faltarles las cosechas. Empleando medios profilácticos ha conseguido se disminuya la mortandad, previniendo o curando enfermedades, tales como: La hidrofobia, la gangrena, el tétano, la viruela, o aplicando medios higiénicos para prolongar más y más la vida. Usando del cloroformo u otros anestésicos, aminora o hace desaparecer totalmen-

te todo sufrimiento al enfermo, por el dolor producido en las operaciones quirúrgicas. Finalmente, con tantas y tantas máquinas como ha inventado, reduce a la más mínima expresión la fatiga del obrero, y rinde un trabajo útil, portentoso, incapaz de ser producido por ningún otro medio, ni aún siquiera por la esclavitud, ya que hoy por fortuna ha desaparecido este baldón de ignominia de los pasados siglos.

Pero si las imposibilidades que durante el transcurso de los tiempos se le presentaron al hombre en las soluciones de sus inventos, fueron rotundamente desmentidas con honrosas realidades en la mayoría de los casos; no para aquí la Humanidad, sigue adelante, siempre adelante, con marcha lenta pero segura, y todo lo perfecciona, realiza nuevos imposibles, y llega más allá, siempre más allá, que si en locas empresas algunos no llegaron a la meta de sus aspiraciones, en cambio consiguieron resultados aún más felices como Ark-Wright, que buscando el movimiento continuo, dió con el telar mecánico, o como los que buscando el medio de cambiar los más viles metales en oro puro, dieron lugar con sus estudios y experimentos a la fundación de la química inorgánica, o bien como aquellos otros que plantearon las bases de la química orgánica, al tratar de buscar el elixir de la vida para hacerse inmortales.

Exclamemos, pues, para terminar. ¡Llor a los hombres que en todos los tiempos han puesto al servicio de la Humanidad su inteligencia, su voluntad, sus actividades todas, procurando el mayor progreso en las Ciencias y en las Artes!

Progreso que constituye una prueba evidente de que los modernos pueblos, rompiendo las ligaduras que les tenían sujetos a la tradición, y marchando por el océano infinito de sus iniciativas en busca de rutas más o menos directas para arribar a puerto seguro, han escrito ya su «Plus Ultra» en las columnas de Hércules, consiguiendo un nivel cultural asombroso, un perfeccionamiento completo en todos los órdenes del saber; un sin fin de inventos maravillosos, y por último, un estado de bienestar envidiable; todo ello principalmente en los siglos XIX y XX, llamados respectivamente los siglos del vapor y de la electricidad, sin que por ahora pueda sospecharse siquiera, cómo se le llamará al XXI.

HE DICHO.

Córdoba 7 de Marzo de 1935.

Designado por la Academia el docto Profesor y Académico de número D. Rafael Vázquez Aroca, para contestar al recipiendario, he aquí a continuación su discurso.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Grande es mi satisfacción y mi agradecimiento por el honroso encargo que me habéis confiado de contestar al hermoso y bien escrito discurso de recepción, como Académico de número, de nuestro ilustre y querido compañero de Corporación, el competente y pundonoroso Ingeniero militar, don Ángel Torres e Illescas, cuya brillante hoja de servicios como militar y como hombre de ciencia, por sus numerosos trabajos y publicaciones, tanto dentro de su honrosa profesión como fuera de ella, forma contraste con su modestia, y que sólo es comparable con la afabilidad de su trato y lo ameno e instructivo de su conversación, en la que siempre hay algo nuevo y algo interesante que aprender.

Pero también es grande el empeño en que me encuentro y el fundado temor que abrigo, de que mi contestación, por insuficiencia mía, no esté a la altura que merecen la brillante historia y la perseverante actuación de la ilustre Academia a que ambos pertenecemos, ni a la amenidad y documentada doctrina del notable discurso de recepción que acabamos de oír.

El nuevo Académico, aparte de su carrera científica de Ingeniero militar, cursada con notable aprovechamiento, y carrera que lleva anejo el título de Ingeniero civil, tiene seguramente una de las más brillantes hojas de servicios, de la que con justo orgullo puede vanagloriarse, no sólo por los relevantes servicios prestados dentro de su especialidad, como por varios inventos de notoria e indiscutible utilidad. Contadas así por encima, y sin descender a grandes detalles, por no alargar demasiado este trabajo, de suyo ya bien monótono y pesado, pero que bien merecerían su enumeración detallada, por cuanto ponen de manifiesto, no sólo el acierto de la Academia, llamando a su seno al Sr. Torres Illescas, sino la notable perseverancia en el trabajo y la gran cultura y fecunda actuación del nuevo

Académico, que ostenta, nada menos que dos menciones honoríficas, cinco cruces, siete medallas, tres diplomas honoríficos y tres grandes placas de honor, ganadas en toda justicia, ya por sus trabajos de ingeniería en fortificaciones de plazas militares, ya en construcciones de diversa índole o ya por inventos de verdadera utilidad práctica. En diferentes ocasiones ha desarrollado conferencias sobre asuntos de su especialidad como Ingeniero, y finalmente, tiene publicados numerosos artículos de vulgarización, sobre diferentes asuntos científicos y económicos. Tal ha sido la fecunda actuación del Sr. Torres Iilescas, que justifica plenamente el acuerdo de la Academia, al otorgarle una plaza de número en su seno.

Ha escogido el nuevo Académico para su discurso de recepción, un tema, por demás sugestivo y de sin igual interés para todo el que se preocupe por el progreso de la sociedad y del bienestar de la humanidad: «*La Humanidad—lo titula—no cesa de tejer la maravillosa tela del Progreso.*»

Con sin igual acierto y notable maestría del hombre que ha seguido paso a paso los modernos y sorprendentes adelantos de la ciencia en todas sus múltiples y numerosas ramas, va pasando revista a todos los inventos y descubrimientos, que son como otros tantos secretos que los hombres consagrados a la investigación han ido, poco a poco, arrancando a la naturaleza y poniéndolos al servicio de la sociedad, con la loable intención y el buen deseo de mejorar las condiciones en que se desenvuelve la vida humana en las sociedades civilizadas, verdaderas conquistas logradas por los hombres de ciencia, casi siempre a costa de enormes vigiliias y grandes sacrificios, y aún a veces, hasta a costa de la vida de los investigadores, que también la ciencia tiene sus héroes y sus mártires.

Al reseñar cada una de estas conquistas de la ciencia, cada uno de estos inventos, va enumerando y analizando las ventajas y los beneficios que reportan para el bienestar y la comodidad, y hasta para la salud y la vida de la sociedad que disfruta de ellos; ventajas y beneficios enormes, que los que hemos tenido la fortuna de nacer y de vivir en las sociedades que ya las disfrutaban, no sabemos apreciarlas en todo su valor, porque como la salud y la juventud, sólo se aprecian cuando se tiene la desgracia de perderla.

Figurémonos por un momento, lo que sería la sociedad, si por una causa cualquiera, llegara a desaparecer todo lo que hoy constituye nuestra comodidad y nuestro bienestar, y hasta los medios de conservar nuestra salud y de reponerla cuando se pierde.

Sin el alumbrado artificial que disipa las tinieblas de la noche; sin fe-

rrocarriles, y sin telégrafos ni teléfonos que acortan y hasta casi suprimen las distancias; sin la navegación moderna, ya sobre los mares, o ya bajo las aguas de los océanos, que puede decirse, que une unos continentes con otros; sin los progresos de la química y de la biología, que curan o previenen nuestras enfermedades, prolongando la vida humana; sin los modernos medios y progresos de la construcción, que nos proporciona la defensa y el abrigo contra las inclemencias del tiempo; sin las obras maestras del arte, de la pintura, de la literatura, de la escultura y de la música, que son alimentos del espíritu y del alma, destello de la divinidad del creador; nuestra actual civilización desaparecida, volvería la humanidad al estado de salvajismo primitivo: obligado el hombre a defenderse por sí mismo y por su sólo esfuerzo, contra las inclemencias del medio, y contra el ataque de las fieras, no todavía en degenerar y volver al lamentable estado, en que aún se encuentran algunas de las tribus del interior de Africa, por fortuna y para honra de la sociedad moderna, cada vez menos numerosas.

Pero tiene razón el nuevo académico, el avance de la ciencia ha sido muchas veces retardado por el dogmatismo intransigente y cerril de los antiguos, y también de los modernos pseudos sabios, no obstante los rotundos mentís y desengaños que fueron recibiendo de la realidad.

¿Cuánto trabajo y cuántas contrariedades y disgustos no le costó a Galileo, no más que tratar de convencer al mundo sabio en aquella época, de la falsedad del sistema de Ptoleme; a los mismos cuyos sucesores, hoy lo aceptan y fundan grandes observadores? ¿De convencerlos de que lo por ellos llamada incorruptibilidad de los cielos, no se oponía a que en la fotosfera del sol existieran las manchas que él había descubierto, gracias al antejo que él mismo había reinventado? Colón, que descubrió un nuevo continente, ¿cuánto no tuvo que luchar para convencer a los que negaban la posibilidad, basándose en argumentos ilusorios, de la existencia de otras tierras más allá de los mares? La rotación de la tierra y la existencia de antípodas ¿no ha sido negada durante mucho tiempo? Al mismo Newton ¿no le costó enorme esfuerzo que se aceptara la existencia de la atracción universal, que él había descubierto y formulado sus leyes? El fantasma de que la perfección de los cielos imponía, que el movimiento de los astros tenía forzosamente que ser circular y uniforme, ¿no retrasó bastante tiempo que se aceptaran la leyes de Kepler, que rigen los movimientos de los cuerpos celestes alrededor de sus centros de atracción, hasta el punto de que el mismo Tycho-Brahé, su maestro, le

hizo jurar en su lecho de muerte, que siempre defendería el movimiento circular y uniforme de los astros?

Es que el dogmatismo intransigente, sea de la ciencia, sea de la filosofía, siempre ha sido funesto para todo progreso, y siempre lo será, venga de donde viniere y proceda de quién proceda; que no son solo la ciencia y la filosofía, las que muchas veces han caído en excesos de dogmatismo intransigente, queriendo hacerles decir, a fuerza de retorcer argumentos, lo que no han dicho ni han querido decir; sino que también a algo muy respetable y que está muy por encima, por exceso de celo, le han hecho caer a veces, siquiera sea temporalmente, en el mismo defecto: como lo comprueban algunos de los casos citados y otros muchos que pudieran citarse.

No obstante, mucho ha avanzado la ciencia en todas sus ramas; y considerando cuanto ha contribuido al desarrollo de la civilización y al progreso humano, podemos decir: grande es la ciencia, no sólo por las inmensas ventajas en todos los órdenes que nos proporciona, sino también porque cuando se mantiene en sus justos límites, sin dejarse llevar de delirios debidos a un inmoderado orgullo de su propio valer, nos va acercando poco a poco a conocer la sublime grandeza del creador de todas las cosas; porque cuanto mayor es la verdadera ciencia y cuanto más completo es el conocimiento del mecanismo del universo, ya en lo infinitamente grande de los soles y de los mundos que pueblan el espacio, ya en lo infinitamente pequeño de la estructura de los seres vivos y de la composición de los átomos que integran la materia; más grande y más sublime se nos presenta la idea del supremo creador de tantas maravillas.

Pero si es grande la ciencia y mucho lo que a ella debemos y lo que a ella tendremos que deber en lo sucesivo, también hay que lamentar que muchas de sus ramas y muchas de sus conquistas estén manchadas de sangre; que sean como espadas de dos filos, que si por un lado nos han favorecido en grado sumo, por otro hayan sido verdaderos azotes de la humanidad. Pocos inventos ha habido, que el hombre, mezcla del bien, que lo lleva a la santidad del sacrificio por sus semejantes, y del mal, que a veces lo convierte en la más sanguinaria de todas las fieras, no lo haya aplicado al mal.

La guerra, ese azote de la humanidad, que a pesar del enorme progreso de la sociedad, aún subsiste, y que desgraciadamente, quizás siga subsistiendo mientras haya hombres en el mundo, ha aplicado la mayor par-

te de los inventos y de los descubrimientos de la ciencia, a la destrucción y a la muerte.

La química, ha creado los modernos explosivos, de potencia aterradora, que en pocos momentos destruyen cientos y miles de vidas; los aceros de superior resistencia para fabricar cañones y proyectiles; los gases inflamables, los asfixiantes y los corrosivos, que a los desgraciados a los que alcanzan y no mueren tras horribles sufrimientos, quedan mutilados y convertidos en verdaderos despojos humanos; la biología, con cultivos concentrados de microbios patógenos, que sembrados a voleo por los aviones y dirigibles, darán lugar a enormes epidemias, al lado de las cuales los antiguos azotes del cólera y de la peste serán débiles sombras; la mecánica y la física, con los submarinos, que en unos momentos sumergen al fondo de los mares miles de desgraciados; los aeroplanos y los dirigibles de combate dejando caer desde lo alto del cielo terribles explosivos y gases deletéreos, contra los cuales no cabe defensa posible, y capaces de destruir poblaciones enteras: Todo lo que la ciencia descubrió y conquistó para el bien, aplicado, por el hombre, para el mal, en su ambición y en su soberbia.

A nuestra Corporación le cabe la honra de haber previsto, y de haber tratado de evitar, dentro de su modestia de Academia provinciana, lo que habría de pasar con algunos de los adelantos y de las conquistas de la ciencia.

Con motivo de un notable trabajo, del académico de número don Rafael Pavón y Alzate, leído por el mismo en una de las sesiones celebradas en el año de 1907, titulado «Reflexiones sobre la locomoción moderna» en el que ya preveía, que la aviación, entonces incipiente y en sus primeros ensayos, no tardaría en perfeccionarse, y ante el fundado temor, de que una vez perfeccionada, fuera utilizada como arma de guerra, a propuesta del autor del trabajo y por acuerdo unánime de la Corporación, se dirigió en una respetuosa instancia al Excmo. Sr. Ministro de Estado, rogándole que, bien por medio de una conferencia internacional promovida a este efecto, o por los medios y vías que mejor procediese, se gestionara el establecimiento de un acuerdo entre las potencias civilizadas, para excluir de todo papel ofensivo, las máquinas de navegación aérea que se inventaran, en las futuras guerras, que puedan sobrevenir entre las mismas. A cuya instancia contestó, con toda cortesía, el Sr. Ministro, con fecha 6 de Marzo de 1907, que en atención a los elevados sentimientos que movían a la Academia, el Ministerio de su cargo estudiaría, con todo

detenimiento e interés el asunto, por si en las deliberaciones de la, en aquellas fechas, próxima a celebrarse, segunda conferencia de la Paz, permitiesen llevar a la práctica, o someter por lo menos a la consideración de las potencias, la humanitaria idea de que se trataba.

Perdón señores, si por un momento he ensombrecido la justa satisfacción y alegría que todos sentimos al recibir al nuevo compañero, y el recuerdo de su magistral discurso; pero la amenaza de una nueva guerra europea, quizás muy próxima, más terrible y mortífera, por los últimos adelantos de las ciencias, que la última pasada que asoló una gran parte de Europa, y segó cientos y cientos de miles de vidas juveniles, y cuyas fatales consecuencias económicas aún estamos sufriendo, tanto los países neutrales como los beligerantes, unido al deseo muy legítimo de recabar para nuestra Academia y para un hombre tan bueno y sabio como modesto, el autor del trabajo antes citado, la gloria de haber tratado de evitar que lo que la ciencia inventa y descubre para el bien, el hombre lo aplique para el mal, me haya hecho dar una nota quizás impropia del acto que celebramos.

Sea bien venido a esta Corporación el nuevo académico, de cuya extensa cultura e ilustración y amor al saber, tiene dadas tantas y tantas muestras, y de cuya asidua colaboración, ya bien acreditada, en su actuación como correspondiente, espera la Academia los más fecundos y halagüeños resultados.

HE DICHO.

Centenario de Maimónides

De nuevo el Centro de Estudios Andaluces, que comenzó a funcionar en Córdoba, merced al deseo de unos cuantos hombres, que tenemos, entre nuestras preocupaciones diarias, el estudio de la vida pretérita cordobesa como una de las principales, ha dado señales de vida.

La figura del notabilísimo filósofo cordobés Maimónides, ha dado el motivo. Creimos nosotros que este nombre era bastante para unir las opiniones más dispersas. Y, afortunadamente, así ha sido. Todos los hombres cordobeses que más o menos intensamente han saludado a la filosofía, acudieron gozosos a recibir la fructífera teoría de la obra de Maimónides a través de una Gran Semana.

Algún descontento creará tal vez que en estas afirmaciones hay alguna exageración. Pero, si es así, que acuda en Madrid, o en Barcelona, grandes centros de cultura intensa, a alguna demostración filosófica, o científica. Entonces comprenderá cómo la fortuna nos fué propicia a nosotros, los que tuvimos la suerte de acordarnos de la hora en que era preciso resucitar el recuerdo del famosísimo judío español.

Es verdad que nosotros llevamos la voz primera; pero es seguro que no hubiéramos podido dar a nuestra fiesta el esplendor que le era debido, sino hubiéramos tenido a nuestro favor la ayuda de todos.

Las Autoridades cordobesas estuvieron, en todo momento, a nuestro lado. Fué mucha la colaboración material suya, y a su generosidad y desprendimiento debe mucho la esplendidez de algunos actos; pero fué mayor todavía el apoyo moral que en ellas encontramos. Su prestigio fué en todo momento, estímulo para nuestra obra. Y su bondad y generosidad hubo de abrirnos claramente las puertas de la intervención del Estado español.

Y éste, al declarar nuestra fiesta oficial, abrió las puertas de España a los hombres del mundo, a los muchos hombres, que, fuera de Espa-

ña, han tenido la fortuna de conocer al cordobés ilustre que, a través de los tiempos, agranda su excelsa figura.

A nuestra casa vinieron muchos hombres de España, y de fuera de España, impulsados por el llamamiento oficial, a regalarnos con el oro de su investigación; a delinear la figura del sabio en sus más diversas facetas; a descubrirnos los difíciles e intrincados problemas que plantea; y a señalar los nuevos caminos por donde deberemos dirigirnos en las futuras investigaciones.

Fué nuestra casa, durante esos días, el Círculo de la Amistad, en donde fuimos *aposentados* con todo desprendimiento; como lo fué el Ayuntamiento, y la Huerta de los Arcos. Nuestra peregrinación por las calles de la ciudad en aquellos días afortunados, de fortuna para la cultura de Córdoba, y para los hombres cultos de Córdoba, estuvo iluminada por doquier con las antorchas de la más viva simpatía.

Por último la Academia de Córdoba, llevó nuestro asunto de su mano. Con esto basta para saber, para que el cordobés sepa, cómo ella fué en aquellos días la que cargó sobre sus hombros todo el trabajo. Nuestra Academia fué la entidad que asumió toda la responsabilidad científica, que nosotros, simples soñadores del Centro de Estudios Andaluces, no podíamos asumir. Y lo hizo con la llaneza, la generosidad, la hidalguía y el acierto con que ella obra siempre.

Y por eso...

Quiso publicar un número extraordinario de su BOLETÍN dedicado a recoger toda la historia del Centenario, como antes lo hizo con Góngora y con el Milenario del Califato. Pero, no le ha sido posible, y esa historia, que está hecha, ira apareciendo en números del BOLETÍN, sucesivamente.

El Centro de Estudios Andaluces, que en la hora de ahora solo tiene una existencia rara, cuenta, desde hoy, merced a la munificencia del Estado, con una Biblioteca, especializada en asuntos árabes y judíos; figura en primer lugar la bibliografía de Maimónides.

Los que tuvimos la suerte de pensar en la celebración del Centenario de Maimónides, estamos plenamente satisfechos, y a todos nuestros colaboradores, por que ellos pusieron lo único destacado que en estas fiestas se realizó, damos las gracias más rendidas.

LA COMISIÓN.

La personalidad Médica de Maimónides al lado de su personalidad total

Era el año de gracia de 1542... Francisco de Valois, rey de Francia, molestado de una prolija dolencia y viendo que los médicos de su casa y corte no le daban remedio, decía, todas las veces que le crecía la calentura, que no era posible que los médicos cristianos supiesen curar, ni dellos esperaba jamás remedio. Y así una vez, con despecho de verse todavía con calentura, mandó despachar un correo a España, pidiendo al Emperador, nuestro Señor, le enviase un médico judío, el mejor que tuviese en su corte, del cual tenía entendido que le daría remedio a su enfermedad, si en el arte lo había. La cual demanda fué harto reída en España, y todos concluyeron que era antojo de hombre que estaba con calentura; pero con todo eso mandó el Emperador, nuestro Señor, que le buscasen un médico tal, si lo había, aunque fuesen por él fuera del Reino. Y no lo hallando, envió un médico cristiano nuevo, pareciéndole que con ésto cumpliría con el antojo del Rey.

Pero puesto el médico en Francia, y delante del Rey, pasó un coloquio entre ambos muy gracioso, en el cual se descubrió que el médico era cristiano, y por tanto no se quiso curar con él. El Rey con la opinión que tenía que el médico era judío, le preguntó, por vía de entretimiento, si estaba ya cansado de esperar al Mesías prometido en la ley mosaica, El médico: Señor, yo no espero el Mesías prometido en la ley judaica. El Rey: muy cuerdo sois en eso, porque las señales que estaban notadas en la Escritura divina para conocer su venida son ya cumplidas muchos días ha. El médico: Ese número de días tenemos los cristianos bien contados, porque hace hoy mil y quinientos cuarenta y dos que vino, y estuvo en el mundo treinta y tres, y en fin de ellos murió crucificado, y al tercer día resucitó, y después subió a los cielos donde ahora está. El Rey: Luego vos cristiano sois. El médico: Señor, sí, por la gracia de Dios. El Rey: Pues volveos en hora buena a vuestra tierra porque médicos cristianos sobrados tengo en mi casa y Corte; por judío os había

yo, los cuales en mi opinión son los que tienen habilidad natural para curar... y así lo despidió sin querer darle el pulso ni que le viese la urina ni le hablase palabra tocante a su enfermedad. Y luego envió a Constantinopla por un judío, y con solo leche de borricas le curó.

Esta graciosa anécdota cuenta el ingenioso Huarte en el capítulo XIV de su «Examen de Ingenios», por donde se ve que el caballeroso y católico Rey de Francia, a ratos amigo y a ratos émulo y enemigo de nuestro Emperador, era de la opinión de que los médicos judíos son los que tienen más habilidad natural para curar. Y el mismo Huarte dice «esta imaginación del Rey Francisco a lo que yo pienso es muy verdadera».

Y si ahora damos una lista, aunque sea muy incompleta, de los médicos judíos que en la segunda mitad del siglo pasado elevaron el prestigio de la ciencia, y citamos entre ellos (siguiendo a Garrisón) a Henle, Cohnheim, Weigert, Traube, Stricker y Pick entre los patólogos; Senator, Hayen y Boas entre los internistas; Moll y Unna entre los dermatólogos; Caspar, Lesser, Ottolenghi y Lombroso entre los forenses; Hirsch, Marx, Pagel, Magnus y Neuburger entre los historiadores de la medicina; Metchnikof, Fránckel, Friedländer, Marmoreck, Hafkine, Neisser y Ehrlich entre los bacteriólogos, se demostrará que ningún otro pueblo es capaz de aportar una pléyade tan brillante de hombres cumbre en el dominio de la medicina.

Esta casta de hombres, hijos de Judá, la perdimos para España cuando el Rey Fernando de Aragón, llamado el católico, so color de razones religiosas y políticas (la unidad de la fe en España) cometió el error y la felonía de promulgar el edicto famoso de su expulsión, firmado en marzo de 1492 en los mismos Reales de Santa Fe, donde se había laborado con las armas la unificación política de la península, destruyendo el último baluarte de la morisma. Esta intransigencia fué análoga a la de los bárbaros almohades cuando en 1148 penetraron desde África conquistando a la España árabe y a Córdoba, determinando abandonar esta ciudad a la familia de nuestro Maimónides. La ola bereber, superpuesta a la sirio-arábiga del siglo VIII, venía llena de intransigencias e imponía la religión mahomética o expulsaba del territorio islámico. El edicto del Rey Católico costó a España la pérdida de cerca de medio millón de personas, pero la adquisición de bienes para las arcas del casi siempre exhausto tesoro nacional, pues en el éxodo no se les dejó sacar ni moneda ni alhaja. Se comprende así que en la época siguiente de que habla Huarte no se pudiera hallar en todos los dominios del Emperador ni un sólo médico ju-

dío, cuando siglos antes tanto brillo habían dado a la medicina patria, y tantos habían sido sobresalientes.

Maimónides fué un médico judío de la época de la decadencia de la medicina árabe. Escribió en árabe y en hebreo, y las persecuciones religiosas de aquellos tiempos hicieron que visitase muchos de los países que entonces componían el mundo islámico. Su éxodo le sirvió de seguro para visitar los hospitales y los centros de enseñanza de ciudades de primer orden en cuanto a la cultura arábiga. Esto ya nos plantea el problema de indagar si hubo en realidad una medicina judaica, o si, como creen muchos historiadores, la medicina de los hebreos durante la edad media debe incluirse en el gran tablero de la medicina del Islam.

En el siglo VIII^o comienza a despuntar la aurora de la medicina de los árabes, que va formándose hasta alcanzar su apogeo en las centurias IX^a, X^a y XI^a empezando entonces a decaer, para hundirse hacia los principios del siglo XIII. Pero en nuestra ciencia y arte, lo mismo que en otras esferas del pensamiento, la época islámica representa una fase no más de la total evolución histórica de nuestra cultura europea, que en Grecia toma su iniciación con las escuelas de medicina de Cos, de Cnido y en *Corpus hippocraticum*.

El conjunto de pueblos llamados árabes, unificados por una idea religiosa y por una tendencia expansiva imperialista, vertiendo todo su coraje y todo su ímpetu ardiente, reforzado por su tradición nómada, como la del pueblo judío, siguió el curso del sol, de oriente a occidente. Este meteoro cultural se esfumó al fin, dejando paso a la pujante civilización cristiana; pero ella fué la intermediaria entre la medicina de la antigüedad clásica greco-romana y sus epígonos de la escuela bizantina y la medicina del Renacimiento europeo-cristiano.

La hebrea vivió infiltrada y compenetrada con la del país y la raza dominadora; pero sus miembros, ostentando una personalidad conspicua y muchas veces más elevada que la de las otras razas convivientes, se señalaron como grandes médicos. La cultura del pueblo judío, a pesar de constituir una unidad racial y religiosa, por vivir infiltrado en otras naciones y países del mundo antiguo, fué absorbida por la raza dominante. El israelita ha actuado, a nuestro modo ver, no sólo en medicina, sino en todos los órdenes culturales, como un verdadero fermento, de fuerza catalítica inmensa, en la masa más o menos ruda del pueblo guerrero dominador del país.

Solo la medicina primitiva hebrea tiene autonomía propia y carácter

más social que individual y profesional, y conviene señalar ésto, porque algunos libros de Maimónides son de pura medicina hebrea, discriminación en que nadie se ha parado y que hacemos nosotros ahora, entendiendo por medicina hebrea los escritos del gran médico judío comentando las leyes en cuanto se refieren a preceptos de medicina social e higiénica impuestas al pueblo como de categórica observancia. Los otros escritos de Maimónides son de medicina corriente y siguen la tradición galeno-hipocrática, despertada y asimilada por la cultura del Islam. Moises dió carácter oficial a la medicina. Las pragmáticas, de orden sobre todo higiénico, están contedidas en los libros Sagrados, en el Levítico del Viejo Testamento y en el Talmuz. (Talmuz quiere decir doctrina). Entonces la medicina representaba un cuerpo de doctrina social, alejándose todavía mucho de lo que había de ser más adelante una profesión con personalidades, muy destacadas algunas, en el ejercicio práctico del arte de curar.

Las ideas del Antiguo Testamento sobre la historia natural del hombre y sobre higiene, y sus prescripciones en este dominio, mantuvieron en parte, durante el período medioeval, y aun en el Renacimiento, la unidad y relaciones de la medicina judaica y la cristiana, ya que los Libros Sagrados representaban las primeras fuentes de la sabiduría médica, en una primera época, y tuvieron siempre entre judíos y cristianos el valor inapelable de leyes, siendo sus textos respetados por los escritores que no osaron contradecirlos hasta bien entrado el siglo XVI, comenzando entonces la emancipación del pensamiento, sustrayéndolo a la tiranía y potestad de la Iglesia, tanto Ortodoxa como reformada, pero no sin pagar el tributo consiguiente en persecuciones y dolor. Un espíritu tan libre como Miguel Serveto andaba aún cohonestando las ideas de las Sagradas Escrituras con su genial concepción (en el Cristianismi Restitutio) de la circulación pulmonar. Era el Espíritu Santo el que penetrando por la vía respiratoria daba vida y pábulo al corazón. Los anatómicos contemporáneos de Vesalio decían que la sangre pasaba por el tabique interventricular a través de poros invisibles que la divina voluntad de Dios había colocado allí para burlar la ciencia de los hombres.

Pero ya en la Edad media los médicos judíos tuvieron personalidades destacadísimas en el arte (la ciencia médica no existía aún entonces en realidad), émulas y pares de los médicos árabes, cuando los cristianos se hallaban todavía casi en la barbarie en este ramo del saber. En los siglos X^o y XI^o, los médicos judíos eran, como dice J. S. Billings, «una especie de lujoso contrabando», protegidos por reyes, principes, potentados y

dignidades religiosas, papas y cardenales. Pero ya a mediados del siglo XIII el concilio de Viena les prohibió ejercer entre los cristianos, y a principios del XIV se les expulsó de las aulas de Montpellier, aunque la escuela de Salerno los había escogido como maestros.

Cuatro siglos llevaba, o cerca de ellos, la brillante época de la medicina árabe en los dominios del Califato de Córdoba, de Bagdad, cuando apareció Maimónides en el horizonte del judaísmo medioeval. La tradición médica arábigo-hebrea pesó sobre el espíritu curioso, estudiosísimo de Maimónides; le hizo tomar los precedentes religiosos de la antigua medicina social judiaca, por una parte, y por la otra las doctrinas de los textos árabes, generados como prosecución del pensamiento médico en la cultura greco-romana.

El Califato Oriental o de Bagdad, adquiere su brillo al empuje de las armas islámicas a mediados del siglo octavo, es decir, una centuria después de aparecer el apóstol del mahometismo, persistiendo tan sólo hasta mediados del siglo XIII. Con los primeros califas, Almansur, Harum el Raschid y Al Maimum, comienza el florecimiento de los estudios en el mundo islámico y entre ellos los de medicina, gracias a una gestación honda previa, realizada en pueblos de gran tradición cultural: en Mesopotamia, Siria, Persia y Egipto, que habían caído bajo el poder del alfanje osmanli.

En la época de los Abbasidas, terminada la dinastía Omniada, a mediados del siglo VIII^o, comienza el gran florecimiento y poder del islamismo, bajo aquellos príncipes que establecieron en la Mesopotamia, en Bagdad, la capital del Califato. Primero a través del idioma sirio, después directamente, se tradujeron al árabe los escritos griegos, sobre todo de matemáticas, geografía, medicina y astronomía, y más tarde de filosofía e historia natural. Por lo que respecta a la medicina hay que apuntar que fué entonces cuando se vertieron al árabe los escritos de Hipócrates, Dioscóridea, Arquígenes, Galeno, Rufo y Sorano de Efeso, Oribasio, Filagrio, Alejandro de Tralles y Pablo de Egina. Al principio se trató tan solo de la reproducción literal y parcial de la doctrina y arte greco-romana; pero al contacto y estímulo de estas ideas se despertó el genio propio de la raza, llegando a producir cultura y saber originales. Bagdad heredó, como dice Neuburger, el puesto preeminente que había tenido Alejandría. El genio arábigo, imbuído en su carácter mágico, dotado de rico ingenio y fantasía, se hizo patente sobre todo en la química y en la astronomía, fomentando la cultura del espíritu, e instalando numerosas y riquísimas bibliotecas y escuelas, se colocó a la cabeza del mundo medioeval.

En medicina brillaron sobre todo Mesué el Viejo o Damascenus (cristiano), el judío Johannitius (Honsin ben Isaac), traductor de Hipócrates y Galeno de Oribasio y Pablo de Egina; el gran clínico y hombre original Razés; un mago persa, Ally ben Abbas, cuyo cánon dominó hasta Avicena. Pero fué si duda alguna Avicena el más nombrado y sobresaliente de los médicos de califato oriental, el llamado príncipe de los médicos, jefe del Hospital de Bagdad en los comienzos del siglo XI.

Para nuestro tema de estudiar a Maimónides como médico, nos interesa más todavía, no obstante, la comunidad y unidad de cultura médica islámica, extendida desde Mesopotamia a Gibraltar, la evolución de la medicina en aquellos siglos en el Califato occidental, es decir, en esta ilustre ciudad de Córdoba y en otras poblaciones del Andalus. Los Omniadas dominaron, como es sabido, desde el 755 al 1036; pero la tradición médica y la brillantez en el arte de curar, persistieron hasta la venida de los almohades, y aún hasta principios del siglo XIII en que la medicina experimenta una gran decadencia. Al comienzo de la undécima centuria brilla Albucasis, en cuya cirugía tenemos el mejor libro del arte quirúrgico de toda la época de Islam, aunque inspirado en Pablo de Egina. En el siglo XII descuellan también Avempace, filósofo y poeta, médico distinguido, sobre todo en farmacología; Mahomed al Gafiki, también médico cordobés, cuyo libro «El Director» comenta a Hipócrates y trata de higiene, de anatomía y de oculística. El célebre Abenzoar, que publicó «El Teiser», en el cual hay historias clínicas originales de gran interés, descubridor del ácarus, de la sarna y de la alimentación artificial por medio de enemas. Contemporáneo de Maimónides fué el célebre Aberroes, cuyo libro de medicina «El colliget» tanto dió que hablar en su época y aún después, hasta en Renacimiento; más célebre Aberroes por sus doctrinas filosóficas que por sus escritos médicos, análogamente a lo que ocurrió a nuestro Maimónides; todavía en el siglo XVI subsistía la división radical y batalladora entre los médicos galenistas y los aberroístas, pues la filosofía y metafísica eran inseparables de la medicina y ésta en gran parte escolástica.

La vida cultural durante el califato de Córdoba en todo el Andalus, no fué superada por ninguna otra nacionalidad contemporánea, ni aún en el resto del Imperio islámico. En los siglos VIII, IX y X, época la más brillante del mahometismo, los cristianos estaban sometidos aún a la vida ruda de la guerra y la incultura. En España, Córdoba era el emporio del saber, y su luz se irradiaba por todo el califato. Las orillas del Guadal-

quívir venían a ser en el occidente del mundo musulmán lo que en el oriente eran las del Eufrates y el Tigris. Córdoba fué la Badad del Islam español, para colocarse más tarde aun a superior altura que la madre civilizadora de oriente. Con los omniadas vino Abderramán, trayendo como símbolo la palmera oriental y difundiendo la cultura de los abbasidas, pero haciéndose libre, independiente y émula de Bagdad. La dinastía omniada desplegó el más inusitado brillo, sobre todo con Abderramán III, el Grande, y Alhaken II, y paralelamente la medicina alcanzó en este tiempo su apogeo. Los siglos X y XI son los de mayor auge de la cultura arábigo-hispana. La alta vida cultural no fué privada, en el califato, de la raza árabe, de seguro en minoría; participaron en ella también los bereberes, judíos y muzárabes. Algunos historiadores han comparado al tan largo califato de Abderramán III (más de 50 años) al siglo de oro de Grecia, al siglo de Pericles. El suelo fecundo del Andalus proporcionaba las riquezas materiales, la agricultura vigorosa, la minería y la industria floreciente, elevaron el califato español a mayor altura que el de Bagdad, respirándose aquí más libertad, faltando el despotismo oriental.

Instaurada la cultura en el califato español por los primeros omniadas, llegó a un rango quizás superior, en relación con la época histórica, al Renacimiento. En los siglos VIII y IX fué en verdad tributaria de la de oriente, pero en el X y en el XI alcanzó su autonomía y la superación. La grandeza del Imperio de Abderramán, afirmado por la expansión de sus armas en la guerra, ensanchando sus dominios, se afirmaba con el reconocimiento y homenaje de otros países, algunos lejanos, que enviaban sus embajadores a España acompañados de gran esplendor y de elementos de arte y de cultura. El emperador bizantino Constantino Porfirogeneta envió con la embajada, entre otros espléndidos regalos, un ejemplar del Dioscórides de materia médica; y por deseo expreso del califa vino a Córdoba el monje Nicolao y se encargó de la traducción del libro. El mismo Abderramán recibió otra embajada del Rey Ottón de Alemania. Las ciencias y las artes fueron entonces cultivadas con gran esplendor, surgiendo en este medio cultural filósofos, médicos, poetas, astrónomos, matemáticos y artistas, que daban brillo inusitado a la corte. La época más brillante para las ciencias y las artes fué sin duda la de Alhaken II, hijo de Abderramán, el cual buscaba su gloria, como nuestro Alfonso el Sabio, más que en el brillo de las armas en el de las letras. Trajo hombres distinguidos de Badad, dedicándose él mismo a las labores del espíritu, empleando sumas cuantiosas en la adquisición de manuscritos para las bibliotecas, enriqueciendo la de

Córdoba, del palacio de Meruán, que llegó a tener, se dice, más de medio millón de libros, con sus índices y catálogos. En la academia cordobesa brillaban los estudios históricos y literarios; y la enseñanza elemental y pública alcanzaba gran esplendor en las 26 escuelas que se habían organizado sólo en la capital del califato.

Pero al comienzo del siglo XI cayó el Imperio Omniada, siendo sustituido, como se sabe, por los reinos de taifas; Córdoba, Sevilla, Toledo, Badajoz, Almería, Málaga y Granada se hicieron independientes, hasta que, al finalizar la centuria, acuden de África los almoravides, los cuales, derrotando a árabes y cristianos, se apoderan del Imperio Musulmán español. Pero aún después de caído el califato omniada, la cultura continuó brillando, y aún a principios del siglo XII poseía la España árabe, según el cómputo de los historiadores, más de 70 bibliotecas públicas y 17 instituciones de enseñanza superior. Córdoba era entonces una de las ciudades más ilustres del orbe conocido; perla del mundo la llamó la monja Roswitha desde la Germania de Otton, como dice Menéndez Pidal en la España del Cid. Más esta cultura, que comenzaba a decaer, sufrió un rudo golpe con el bárbaro empuje de los almoravides y sobre todo de los almohades, cuando el Imperio pasó a manos de Ynsuf y después a las de Abdelmumén.

La tolerancia de los árabes hizo brillar en aquellas épocas de esplendor a los hombres estudiosos de la raza israelita. Algunos de ellos colaboraban con los dominadores en las funciones de gobierno, con el papel de embajadores y visires; y gracias a los grandes conocimientos lingüísticos de los judíos pudieron cultivarse las ciencias y las artes, sobresaliendo como filósofos, médicos, poetas y arquitectos.

En la cultura árabe la religión y la enseñanza caminaban en estrecho concierto. Las mezquitas eran el lugar de la escuela y aún lo son hoy en el mundo musulmán. Los maestros, de ordinario, gentes que tenían otro oficio; religiosos, lectores de Corán, médicos, juristas y comerciantes. Las instituciones superiores de cultura, las madrisas, se instalaban también en las mezquitas y estaban dotadas de bibliotecas, con sus salas de lectura, y con vivienda para los maestros y aún para discípulos. Pero en aquella época dominaba todavía el dogmatismo y la intolerancia religiosa en el mundo árabe, como en el cristiano, y esto motivó el estancamiento secular de la cultura.

Compara Neuburger la cultura arábica de los siglos X al XII a la romana del siglo II de la Era cristiana, de la Roma imperial. Pero en la

XI^a centuria comienza, como ya dijimos, la decadencia, que se completa en el XII, cuando el elemento bereber ahoga en el occidente la cultura hispano-árabe y en el oriente cede también al bárbaro empuje de los mamelucos y seldschuques. Y lo singular es que la medicina, y en general la cultura árabe, proviene en los primeros tiempos de la escuela de Dschondisabur, formada por una secta de nestorianos, que recoge también, al lado de la tradición greco-romana, la cultura india, trasmitiéndola a los árabes, que a su vez, traducidos los libros griegos a su idioma, son trasladados al latín, sirviendo de instrumento al Renacimiento cristiano en los siglos XV y XVI. La medicina árabe, aunque con cierta originalidad, es sólo un préstamo de la cultura greco-romana a una raza que toma también del cristianismo muchas de sus ideas religiosas, pero que la devuelve a la Cristiandad, pues no supo sostenerla sino durante los siglos oscuros del centro del medioevo. En la escuela nestoriana es donde se establece por primera vez el hospital como centro de enseñanza de la medicina, y donde se crea la farmacia o apoteca, a la que los árabes habían de dar tanto realce, dadas sus aficiones a la alquimia y a los remedios complejos.

He descrito a grandes rasgos el estado de la medicina árabe en la época que precede a la aparición del gran médico hebreo Maimónides, que se mostró en la palestra de la cultura médica árabe. Pero no fué esporádica su aparición, ya que le habían precedido sabios de su propia raza, en su mismo suelo, pues el pueblo hebreo en la España árabe crió personalidades sobresalientes. Así, pues, Maimónides recibió dos tradiciones culturales, la de su pueblo judío y la de los árabes; pero no contento con estudiar a sus predecesores arábigo-judíos, se dirigió él mismo a la cultura greco-romana para conocer de primera mano la raigambre y fuentes hipocrático-galénicas de la medicina.

El pueblo judío fué siempre una raza superiormente dotada en el orden de la inteligencia, y en el cultivo de la medicina una de sus particulares apetencias, pero sin darle un matiz o carácter racial, sinó siguiendo las tendencias y la colaboración de los pueblos que habitaban y de la época. Sobre todo dentro de las culturas mahomética y cristiana se desenvuelve la actividad médica judaica, contribuyendo en grado máximo al progreso de la ciencia y arte de la salud. Si se tiene en cuenta, además, que esta profesión fué siempre lucrativa, cuando se ejercía sobre personalidades relevantes, como otras lo son también, la de la Banca, el Comercio y la Jurisprudencia, se comprende la aptitud y apetencia

secular del pueblo judío para este género de actividades. Por eso en algunas épocas y naciones formaron los judíos la *elite* de la profesión médica. Y uno de los motivos de la decadencia en España de la Medicina desde los comienzos del siglo XVII se debe, sin duda, a la expulsión de esta raza de los ámbitos de nuestra península, pues también en el siglo XVI se decretó la salida de los judíos del reino de Portugal, entonces perteneciente a la corona española.

Venidos los judíos a España en la época romana, huyendo y dispersados por las persecuciones de Tito, hijo de Vespasiano, probablemente de modo paulatino y en éxodo prolongado, es lo cierto que a comienzos del siglo VIII^o acudieron a nuestra península, acompañando a los árabes, un gran número de familias hebreas, para instalarse en nuestra tierra, confiados en la tolerancia del pueblo mahometano.

Ya en el siglo X florecieron, al lado de los conquistadores, en la medicina y otros estudios, no sólo en el Andalus, sino también en los nacientes reinos cristianos; y así, en Castilla vivió R. Izchaq, supuesto médico del Rey Alfonso VII, que escribió un tratado sobre las fiebres. En esta ciudad de Córdoba hallamos, como predecesores del gran Maimónides, a R. Abraham Ecchellensis Harun, que tuvo una cátedra en la escuela cordobesa, y que se distinguió por verter al latín la materia médica árabe, y escribir los comentarios a Avicena. Poco anterior, casi contemporáneo de Maimónides, es el ínclito judío toledano el Chacam, conocido por el Sabio, gramático, filósofo, poeta y médico, astrónomo consumado para la época, y cuyo nombre es Abraham ben Hezra, que publicó un tratado sobre los días críticos. Poco antes de Maimónides nació también en esta ciudad de Córdoba otro ilustre israelita, ben Ganach, médico y gramático sapientísimo y preceptor de Rasés.

Tales eran los antecedentes médicos del mundo muslime y de sus cómplices los hebreos que en él vivían hacia la mitad del siglo XII, época en la cual adquirió sus conocimientos el cordobés Maimónides. Era Abu Imran Musa ben Maimun (nombre árabe) conocido por Ramban, anagrama formado de sus nombres judaicos Rabbi Mosché ben Maímón, llamado también el egipciaco, porque vivió, como veremos, muchos años en el Cairo.

Vamos a seguir sus pisadas y éxodo, (vulgarizado hoy con motivo de su centenario), por el mundo musulmán de aquella época, para conocer cómo y donde pudo adquirir su sabiduría filosófica y sus conocimientos médicos. Y aunque la época era de decadencia para la cultura arábigo-hebrea,

sobre todo en cuanto se refiere a la medicina, llevaba aún un lastre de primera fuerza en el orden del pensamiento. Se hace descender al gran clásico del judaísmo medioeval, a Maimónides, de Juda-ha-Naci, el redactor del Mischna, y, reculando más, del propio Rey David, endiosándole casi.

Mucho influye sin duda, el medio familiar en la formación de las personalidades privilegiadas, y el ambiente en que nació y vivió Maimónides fué excelso para formar la suya. Su padre era hábil talmudista, matemático y astrólogo, discípulo del célebre Joseph ben Migash, de Lucena. Y así ya en la casa paterna el alma del joven Mosés se debió sumergir con todo ahinco y profundo deseo en los estudios rabínicos, en los médicos, en los de moral y metafísica, cultivando también las matemáticas y la astronomía y sobre todo las leyes y la filosofía.

No es posible separar, y menos en aquella época, la personalidad médica de un hombre, de su personalidad total, y esto es lo que me ha movido a formular el título de esta conferencia, sin que pretenda ahondar en los trabajos de filosofía y metafísica de Maimónides, que han de tratar otros conferecientes, pero apuntando aquellos rasgos de su personalidad que nos muestren como estaba formada armónicamente, representando un microcosmos de la cultura de la época. Entonces las ciencias y las artes no estaban aún desligadas como ahora; los conocimientos y el saber todo constituían una unidad doctrinal, susceptible de ser abarcada con provecho por las inteligencias poderosas, por los hombres de privilegiado cerebro. Los grandes médicos de entonces, como los del Renacimiento, eran inteligencias cultivadas en todas las esferas, y Maimónides fué el prototipo de lo que llamaría un italiano un *uomo universale*.

Mucho nos interesa conocer las vicisitudes de la vida de Maimónides, es decir, el medio externo en que vivió, para darnos cuenta de cómo se fué formando su saber objetivo; y de qué manera y donde aprendió el arte de curar, porque este gran cordobés ejerció, de seguro, la medicina durante muchos años. Vino al mundo en una época de crisis profunda religiosa del judaísmo y de conmoción en el islámico, que con relación al primero se puede considerar como análoga a la de la cristiandad en el Renacimiento, lo que de seguro había de hacer que se apasionase por el problema religioso de su pueblo, llegando a tanta altura en los comentarios que hizo de la Biblia y del Talmud, que se le ha llamado el Santo Tomás del judaísmo. Y en realidad fué un reformador, pues trató de co-honestar la fe religiosa judaica con el libre exámen de los Textos Sagrados, como habían de hacerlo también cuatro siglos después Lutero y los

demás secuaces neotéricos, la pléyade de los reformadores que excindieron la iglesia universal católica de Cristo.

Nació en 14 nisan 4895 (de la Creación) 30 de marzo de 1135, en 1446 de la Era seleucida; pudo vivir pocos años en Córdoba, pues en 1148 cayó esta ciudad en poder de los belicosos y fanáticos almohades, obligando a los judíos a convertirse a la religión islámica o a emigrar.

Abdelmumen ben Alí Alkumi, rey de la España árabe en aquel tiempo, promulgó un edicto de expulsión contra judíos y cristianos; se estableció una ordenanza, para cierto tiempo, por la cual si, algún hebreo se convertía al mahometismo, se le dejara quedando sus bienes en el mismo lugar y situación que las de los mahometanos, gozando de los mismos privilegios y ventajas; mas aquellos que prefiriesen perseverar en su religión, si dentro del tiempo prefijado no abandonaban el territorio de su reino, fueran decapitados, y sus bienes vendidos en subasta. Esto motivó, según Casiri, que Maimónides, obligado por el miedo y por el amor a los suyos y no queriendo desprenderse de sus riquezas y de la familia, abrazó forzado la secta mahometana, con la observancia de sus ritos y oraciones.

Como es sabido, los judíos españoles de Córdoba ganaron unos las tierras cristianas de España, otros la Provenza (los Kim-hi y los Tibbon) y muchos también el Norte de Africa. El padre del joven Maimónides se vió obligado a trasladarse a Almería, que caía tres años después, como Córdoba, en poder de los almohades, donde se supone que vivió varios años, quizá también en otros pueblos de Andalus, perdiéndose su rastro durante 8 o 9 años, llevando el padre consigo a sus dos hijos (David y Mosés) y una hija. Es por lo tanto de suponer que Maimónides, salido de Córdoba a la edad de 13 años, no hizo aquí más que estudios primarios, pero no de medicina. En cambio es probable que visitase alguna escuela u hospital de Almería y estudiase allí el arte de curar, pues en aquella época aún brillaba esta ciudad con esplendor.

Lo cierto es que Maimónides tenía 25 años y por lo tanto estaba ya formado intelectualmente cuando abandonó Andalucía, para trasladarse con su familia a Fez, permaneciendo poco tiempo, porque aquí las persecuciones religiosas de los almohades fanáticos eran tan terribles o más que en España, y como su padre no quiso renegar del judaísmo haciéndose mahometano, tuvo que abandonar la ciudad de Fez, huyendo de las iras del jefe almohade Abdaláh ben Toumart. Pero en ella permaneció 5 años, pues la familia de Maimónides salió de Fez el año 1165.

Partió para oriente, y en la nave en que navegaban sufrió una gran tempestad, llegando al fin a San Juan de Acre en 16 de mayo de 1165, de donde pasó a Jerusalém, trasladándose el mismo año a Alejandría, en cuya ciudad había unas tres mil familias de israelitas gozando de gran libertad. Establecidos definitivamente en Fostat (Viejo Cairo), acaeció poco después la muerte del padre (1166). Entonces vivía esta familia de los beneficios que obtenía el hermano David del comercio de piedras preciosas. Maimónides, mientras tanto, se dedicaba con el mayor ahinco a sus estudios, sumergido en sus libros y pensamientos, traducciones y textos de todo orden. Pero muerto el hermano en un naufragio, hubo de acogerse, para ganar el sustento, al ejercicio de la medicina, que practicó ya para siempre hasta su muerte.

De la actividad de su vida y de su ejercicio de la profesión médica, tenemos pruebas en una carta que escribió a Samuel Abentibbon (traductor hebreo de muchas de sus obras) llamado el padre de los traductores, con fecha de septiembre del 1199, es decir, cuando Maimónides tenía ya 64 años, que dice así: «Ven, enhorabuena, cuando quieras, pues tendré gran complacencia en verte y hablarte, pero siento te tomes la molestia de pasar el mar, y te aconsejo no te expongas a peligro alguno para sacar de mí algún provecho en literatura, porque el número de mis ocupaciones es inmenso... Todos los días muy temprano voy al Cairo en cuya corte tengo gran privanza con el Sultán, a quien por cumplimiento de mi cargo visito diariamente mañana y tarde, y cuando él o alguno de sus hijos o concubinas están indispuestos, no salgo de palacio en todo el día; también estoy encargado de asistir a los gobernadores en sus enfermedades. Cuando ya nada me retiene allí regreso a mi casa al medio día. Llegado que soy, y muerto de hambre, hallo mi antesala llena de musulmanes y de israelitas, de personajes y de gente baja, de jueces y de recaudadores de contribuciones, de amigos y de gente que no lo es, que esperan ávidamente el instante de mi llegada. Apenas he dejado el caballo y me he lavado las manos, según es mi costumbre, voy apresuradamente a saludar a mis huéspedes y a suplicarles que esperen hasta después de la comida... Esto ocurre todos los días. Terminada aquélla, comienzo a prestarles mis cuidados y a *prescribirles remedios*. Algunos hay a quienes todavía coge la noche en casa, y muchas veces (Dios me es testigo) estoy así ocupado hasta altas horas, escribiendo, hablando, dando consejos, *ordenando recetas*, hasta que a veces se me ocurre dormirme, por exceso de cansancio, quedando agotado, hasta el extremo de perder el uso de la palabra».

Esto se contradice con lo que dice Casiri en su «Biblioteca hispano arábica de Filósofos», donde al relatar la vida de Maimónides dice: «Moisés, hijo de Maimón, de linaje judío, nacido en Córdoba, se dedicó de tal suerte a las ciencias de los antiguos que alcanzó el dominio de las Matemáticas y una pericia absoluta en medicina. Divulgó algunas obras de Lógica, pero sin embargo, jamás se atrevió a ejercer el arte médico (*Medicam tamem artem exercere nunquam est auxus*).

Su cargo de proto-médico en la corte del Cairo lo obtuvo después de la conquista de Egipto por Saladino, en 1171, que venció a los fatimidas, adueñándose de Egipto, Siria, Palestina y el Califato de Bagdad.

Maimónides se había casado en segundas nupcias con la hija de Abulmaalé, personaje de la corte, y por su influencia Alfahél, gran visir del Sultán, le dió aquel cargo incluyéndole en la lista de los empleados retribuidos. Así fué creciendo su fama como sabio médico, llegando noticias de él a Ricardo, Corazón de León, el cual solicitó los servicios de Maimónides, pero éste no aceptó esta designación honorable, permaneciendo en el Cairo.

Entre los azares de su vida se cuenta que fué víctima de persecuciones, a causa de una acusación que hizo de él Moisha, el que le había salvado en España, jurisconsulto español, que habiendo ido a Egipto le denunció por haber abrazado en España la secta mahomética profesándola, llenándole de improperios y de haber practicado el islamismo, y parece que a causa de ésto fué relajado de sus dignidades israelitas; pero luego se rehabilitó, gracias a su protector Alfahdél, que sostuvo que si era aquella acusación cierta, la religión y su ejercicio había sido impuesta a Maimónides por la violencia. Porque éste adquirió fama desde el primer momento entre sus compañeros de raza y culto, siendo elegido jefe de todas las comunidades israelitas de Egipto, es decir, Naguid o Reis.

Después de un año de enfermedad acabó su carrera terrestre en 13 de diciembre de 1204, declarándose duelo público por tres días en Fostat. En Jerusalém hubo ayuno general y servicio fúnebre, siendo su cuerpo inhumado en el lago Tiberiades. Su hijo heredó la dignidad de Naguid y se distinguió también como médico y talmudista.

Para darnos cuenta de cómo se formó el pensamiento general científico de Maimónides, es preciso tener presente que en su época dominaban dos corrientes en la ciencia Rabínica, como también se acusaron, y quizás de modo más vehemente, en la cultura religiosa-cristiana: la tendencia racionalista y la tendencia mística. Ambas corrientes derivaron de los libros

Sagrados, de la Biblia del Talmud y el Midrash. La tendencia mística salió de la cábala, que precisamente se desarrolló en el siglo XII de Maimónides, y era una especie de mezcla de teología, o teosofía, cosmografía y magia, explicando el mundo por los cuatro modos de emanación, creación, organización y acción. Maimónides fué el primero en aplicar el método científico a la interpretación del Talmud.

Los sirios, armenios y judíos se relacionaron con los estudios de Platón y Aristóteles y con los neoplatónicos, Plotino, Filón, etc. En los claustros de los monjes sirios se tradujeron los libros de filosofía y ciencias de los griegos. La academia fundada en Gondechapur (en Suriana, por Cosroes I en 530) contribuyó a la difusión de los conocimientos filosóficos y médicos. Harran, en Mesopotamia, creaba un centro de estudios matemáticos y astronómicos, de donde se difundió la cultura por el pueblo árabe.

El contacto con los griegos, de los cuales tradujeron las obras, y después bajo la influencia directa de los doctores musulmanes, formados ya en la ciencia clásica, se dieron los judíos a la especulación filosófica y a la medicina. Desde el punto de vista religioso los caraitas o escripturarios se pronunciaron, como luego habían de hacerlo los frailes católicos en el siglo XVI, originando la excisión de la Iglesia, por el examen e interpretación personal de la Biblia, rechazando el judaísmo talmúdico. En España islámica y cristiana, el movimiento intelectual israelita estaba ya preñado de estudios en la época que precede a Maimónides. Avicibrón de Málaga (Salomón ibn Gabirol) nace en 1021, publicando la «Fuente de la Vida» y el «Libro de la Moralidad», basada su ética en la inspiración neoplatónica. Joseph ibn Caddig, de esta ilustre ciudad de Córdoba, nace el 1080, y en su «Microcosmos» sostiene que Dios es único e inefable y sus atributos no son más que expedientes. La voluntad produce el mundo inteligible, luego el mundo de las esferas y por fin el perecedero. El hombre es un microcosmos, y conociéndose así se eleva a Dios. Le precede también Joseph ibn Pakonda, de Zaragoza, y Abraham bar Hiya, de Barcelona.

Más místico es Juda Halevi, nacido en 1085, en Castilla, autor del «Cozri», que sostiene que la fe y la tradición deben ser la cuna donde se reclina la especulación científica. Y el toledano Abraham ibn Ezra (que además citamos como médico), nacido en 1088, desarrollaba también ideas neoplatónicas y la doctrina ética del temor de Dios, comentando ampliamente la Biblia.

Y en el movimiento intelectual del pensamiento judaico predecesor a

nuestro gran pensador cordobés, brilla el ilustre toledano Abraham ibn Daoud (1110-1180) contemporáneo de Maimónides, pero más viejo. Con fe sublime en el Dios de Israel consideraba el conocimiento intuicional, y por lo tanto místico e irracional, como el fin del supremo conocimiento filosófico, y sostenía como había sostenido siglos antes San Agustín, que el mal es tan sólo la privación del bien.

Estos apuntes a la idea filosófica de la escuela judaica, que he señalado con parquedad, para no invadir el terreno de otros conferenciantes, pero indispensable para conocer la personalidad total de nuestro Maimónides, señala el estado de la cultura en aquel punto de la historia del pensamiento filosófico israelita que prepara el camino de la especulación al gran cordobés. Así el terreno preparado, aparece el gran clásico de la ciencia rabínica de la Edad Media, Moisés ben Maimónides.

Pero Maimónides era español y cordobés; porque esta ciudad fué su patria, pues la patria es la tierra de los padres, y los padres y antepasados de Maimónides eran españoles. Y si se atiende al adagio *ubi bene ibi patria* (donde se está bien, allí la patria). España era también la patria de Maimónides, puesto que entonces la tolerancia árabe permitía desplegar a los hijos de Israel su gran vitalidad. Pero la venida de los bárbaros almohades, desterró de su patria a nuestro gran médico.

La ciencia rabínica debe mucho a Maimónides. El comentario a la *Mischna* es en verdad luminoso, según dicen los competentes, pero excesivamente sistematizado. El *Schsmorich Peraquim* es un tratado de moral, y en los capítulos 3.º y 4.º habla de las enfermedades del alma y medios de curarlas. Como filósofo, Maimónides combina el pensamiento judío con las concepciones helénicas, sobre todo de Aristóteles. Hizo esfuerzos enormes para constituir una dogmática religiosa, comentando la *Biblia* y el *Talmud*; pero otros judíos de su época protestaron del carácter de heterodoxos con que Maimónides quiso anatematizar a los que se apartasen de sus doctrinas, que quería elevar a artículos de fe.

En 1180 acabó su obra *Mischné Torah* «Repetición de la Ley», que después se llamó «Mano fuerte» y que representa una codificación rabínica y bíblica, sistematizando y ordenando el caos enorme de la doctrina del Talmud, de tal manera, que según los versados en estos estudios más bien parece un nuevo Talmud, pues este código abraza la mayoría de las prescripciones civiles, religiosas y morales del judaísmo.

Se ocupó de filosofía, sobre todo en su libro *Séfer ha-Madda* «El libro del conocimiento». Pero su obra más conocida y más grande y meri-

toría es la «Guía de los descarriados, o indecisos» el «Moseh Nebon-khim», que se ocupa sobre todo de problemas metafísicos y filosóficos, deducidos principalmente de las doctrinas de Aristóteles, tal como las presentaron Avicena y Alfarabi. Pero es verdad que, siguiendo al Estagirita, no lo hace ciegamente, pues disiente de él en los temas teológicos, y así el mundo como en los textos Sagrados *ex nihilo* y no es coeterno con Dios. Para Maimónides la Theología es sólo la explicación o justificación racional de una doctrina religiosa, idea que han de sostener luego los filósofos hasta Bergson. Como nuestros místicos, siguiendo a Platón, cree Maimónides que el intelecto humano es algo emanado de Dios, porque lo inteligente se identifica con lo inteligible.

En definitiva, fué conspicua su personalidad filosófica. No hemos hecho mas que apuntar sus obras y sus escritos, se comprende que se le designase neguid, es decir, jefe rabínico, pero fué médico al mismo tiempo, y si a la muerte de Saladino perdió durante algún tiempo su seguridad personal, el hijo del Sultán que le sucedió en el trono, le tomó y le protegió como lo había hecho su padre, continuando en la corte hasta su enfermedad y su muerte.

No es posible separar la personalidad médica de Maimónides de su personalidad total, pues el hombre, y más en aquella época, hay que comprenderlo como una persona totalitariamente, realizando sus funciones espirituales encaminadas hacia un fin, no obstante lo diverso de su actividad, dirigidas todas las manifestaciones altas de la inteligencia por un centro superior monárquicamente, por el yo psíquico. Es preciso comprender al hombre como una unidad, unus quia vivus, vivus quia unus, dentro de la variedad y en el sentido moderno que le da Willian Stern. Como en el organismo físico del hombre, el todo está presente en todas y cada una de las partes (y esto constituye una de las características más importantes de los seres vivos), el yo espiritual actúa como una totalidad en cada elaboración y en cada producto del ingenio. Y aún todavía en la época de Maimónides, en la cual la ciencia médica no estaba tan formada y totalizada que pudiera separársela por completo de otros ramos del saber humano.

Yo he comparado las esferas de apetencia del saber de cada persona, enfrentada con la sociedad y el medio, a los electrones de un átomo. Átomos simples y átomos complejos, con sus partículas de carga negativa y con órbitas variadas en cuanto al número y a la amplitud, así es dentro de la cultura, cada hombre estudioso. Maimónides se distinguió

por su talento universal y variadas apetencias dentro del campo de la ciencia de entonces. En aquella época, el instrumento poderoso de investigación científica era en realidad la inteligencia; el espíritu del sabio, penetrando a más o menos profundidad; la invención de los instrumentos y métodos de cada ciencia y arte es lo que había de dar luego personalidad a cada una dentro del gran mundo del conocimiento humano.

Como en todas las ciencias y las artes y aún en toda actividad humana, en la medicina se dan las dos formas de conocimiento creador, el intuitivo y el reflexivo. En el origen del conocimiento en nuestra cultura, estas dos formas están representadas por dos grandes pensadores de la Grecia clásica: Platón y Aristóteles. Los dos genios simbolizan, no sólo dos individualidades distintas y en cierto modo antitéticas, sino también dos modos radicales del espíritu humano. Platón es la intuición creadora, la inspiración profunda intuitiva y empírica del alma humana; Aristóteles es la reflexión razonadora, el método reflexivo aplicado a la construcción científica. En medicina podemos señalar las dos más grandes figuras del saber del arte de la salud de todos los tiempos en Hipócrates y Galeno. El primero es la intuición, el ojo clínico, el genio clínico, que descubre por un síntoma una enfermedad, que diagnostica y pronostica a favor de su inspiración indagativa, por su disposición innata, ingénita y emocional. Galeno es el nombre metódico que construye un sistema complejo de medicina, que nos da como un edificio dogmático, parecido al que en la religión cristiana crearon los escolásticos. Hipócrates, en cambio, representaría la libre inspiración, que recibe por revelación la verdad médica, mística e irracional, o la intuición individual que en medicina se traduce por disposición y vocación, por genio médico.

En cada médico se dan estos dos procesos del espíritu en la indagación de la verdad, sobre todo diagnóstica, porque ellos corresponden a una especial estructuración de la mente y del alma humana; pero en unos dominan más la intuición, el genio, y en otros la elaboración paciente y metódica, la construcción del edificio de la ciencia y del arte. Como dijo el filósofo Bergson: un sistema de filosofía representa sólo la inmensa distancia entre una intuición creadora y su exposición metódica por el lenguaje. En medicina, como en todas las ciencias, a las ideas creadoras, a las geniales inspiraciones, deben seguir las construcciones del edificio parcial que de ella deriva.

Maimónides era más bien constructor laborioso que genio creador; no dejó ningún descubrimiento científico de primer orden en el campo de la

medicina, ni la época lo consentía aún. Maimónides era más galenista que hipocrático.

Al lado de práctico, de activo ejercicio y muy solicitado, fué Maimónides escritor laborioso. Wüstenfeld, tomando como fuente a Abn Adu Oseibia, contó 16 libros de medicina. Leclerc 11. La bibliografía médica de Maimónides ha sido aclarada por los minuciosos trabajos de Steinschneider. Muchos de sus escritos médicos existen aún sólo como manuscritos. De otros hay traducciones, o como dice Pagel «perversiones» latinas. Según Halser, lo más importante de Maimónides está aún inédito. Los libros impresos son sólo cuatro o cinco, ya en árabe, ya en hebreo, y se hallan traducidos al latín y a las lenguas modernas. Se ha sospechado si los escritos de Maimónides están copiados en los tratados de otros médicos, pues el estudio de la cirugía medieval de Mondeville y Guido de Chauliac (siglos XIII y XIV) nos enseña que Maimónides, en varios asuntos médicos, era considerado como una autoridad.

Entre sus obras de medicina quiero comentar en primer término el libro de los «Alimentos prohibidos», traducido de la lengua hebrea por Marco Woldique (1) (un ejemplar lo he adquirido para la Biblioteca de la Academia de Medicina), por ser el primero que se vertió al latín, tratando de los manjares prohibidos por las leyes al pueblo de Israel, siguiendo el orden de los 28 edictos que existen en la ley mosaica sobre esta materia, añadiendo los comentarios de los sabios.

Estos trataron, dicen los traductores, de investigar las razones ocultas por las cuales el creador había prohibido a su pueblo elegido el alimentarse de determinados animales y otros manjares, y algunos como Spencer (De Legibus) traen una porción de argumentos para explicarlo. Pues parece que los egipcios, como también los antiguos gentiles, tenían muchas supersticiones ridículas, absteniéndose de comer algunos animales por considerarlos sagrados, sobre todo aquellos que prestaban algún otro beneficio a la vida humana, como el buey, que sirve también para arar, la vaca, que da leche, y la oveja y la cabra, etc. Y así, dedicaron el macho cabrío al dios Apis, comenzando a venerar muchos animales, originándose de este modo un politeísmo notabilísimo.

También los sirios consideraron los peces como cosa santa, y lo propio hicieron con las palomas. Pero en cambio los israelitas, lejos de tri-

(1) R. Mosis Maimónides, Tractatus... sirve de CIBIS VETITIS in latinan lunguan versus notiques illustratus a Marco Woldike, Hafniae et Lipsiae. 1754.

butar divinidad alguna a los animales y cosas prohibidas, los abominaban como inmundos, y al contrario que los egipcios, de los animales domésticos se servían para su alimentación, porque para ello apropiados los consideraba la divina sabiduría, la cual para que inspirara en otros horror en vez de santidad, llamó inmundos a los que no debían comerse. Sobre todo Hugo Grotio creyó que las prohibiciones de los libros sagrados tienen un fundamento natural, por razón del bueno o mal nutrimento que proporcionan.

Maimónides enseña elegantemente en este libro, que no debe existir diferencia entre los juicios y los preceptos de Dios en la ley mosaica para que sean acatados. Llama juicios a los mandamientos cuya razón es manifiesta y cuya observancia es inútil en la vida, como la piedad hacia los padres, las sanciones del rapto y del asesinato, etc., y preceptos aquellos otros de los cuales no es conocida la razón, ni los sabios deben escudriñar su fundamento, como la prohibición de la carne de cerdo, también de la carne condimentada con leche, la ternera sacrificada, la vaca bermeja, etc. No hay que desconocer que el hombre no ha de tener la petulancia de creer que no hay otras razones que aquellas que a él se alcancen, pues Dios podía tener otras ocultas análogas, por ejemplo aquella que prohíbe los matrimonios con los gentiles.

Se interpretan también estas prohibiciones como mandatos de Dios al pueblo israelita para que los egipcios se apartasen de ellos en el trato y no contagiasen con sus supersticiones al pueblo elegido, y a la vez a los israelitas les prohibió también otros manjares para que ellos, evitando las mesas y los sacrificios de árabes, sabeos, sirios y caldeos, evitasen también sus costumbres y su impiedad, lo cual prueba Maimónides doctamente. Porque los egipcios detestaban con grande horror a los que comen carne de ganado, como lo dice ya el Génesis y también Herodoto: ningún egipcio y egipcia besará boca de varón griego, ni usará de su cuchillo o asador u olla, ni comerá carne pura de buey cortada con cuchillo griego.

Contribuyó este libro de Maimónides a hacerle célebre (como dicen sus traductores y prologuistas) en la república de las letras, y aumentó su grandeza en el estudio de las leyes hebraicas y en la hermenéutica de la Teología rabínica, en cuyo dominio ninguno le aventajó. Porque en este tratado nada hay de medicina árabe; toda la doctrina se deduce de la interpretación y comentario de los textos sagrados del pueblo judío, la Biblia y el Talmud.

En la Biblioteca del Palacio Nacional de Madrid, he encontrado dos

libros de Maimónides, traducidos al latín (1). Uno trata del Talmud, comentado por el autor, y trae algunas reglas higiénicas interesantes, tales como lavarse las manos antes y después de comer el pan bendito y aún antes también de la comida común.

El otro (2) versa sobre los fundamentos de las leyes. En el capítulo V^o-11, habla de los alimentos prohibidos por las leyes mosaicas.

«Si alguno estando enfermo con peligro de vida pide con ansia de comer en día de expiación, aún cuando expertos médicos digan que no es necesario, no obstante, se debe corresponder a su petición dándole lo que desee. Pero si el enfermo no quiere comer y el médico dictamina lo contrario, será preciso darle el alimento. Y si un médico experto aconseja que coma, pero otro dice que no, se le darán los alimentos a tenor del dictamen del primero. Cuando son muchos los médicos que intervienen, sígase el consejo de los más o de los más doctos, con tal que el mismo enfermo diga que no quiere comer; más si él nada dice, siga el consejo de la mayoría».

El conocido *Tratados de los venenos y sus remedios* es quizá el libro más divulgado de Maimónides. El título de éste es el famoso Códice de la Biblioteca del Escorial, figurando con el número 884 de Casiri (el 889 actual). Se titula «Tratado de los Venenos y sus remedios», dividido en dos partes y repartido en XIV capítulos. Según el bibliófilo sirio fué escrito en 15 *rabii priosis* del año 712 de la Egira, el 1312 de Cristo. Su autor es Musa Abi Amram, vulgarmente llamado Maimónides (Casiri página 312. C. 2.^a). Trata en la primera parte de los síntomas de los que han sido mordidos, del cuadro clínico y demás fenómenos dependientes de la especie de animal inoculante; en la segunda parte, que consta de cuatro capítulos, declara tratamiento, empleo de antidotos y profilaxis (para los venenos internos). Entre los animales venenosos para el hombre cita a los escorpiones, arañas, avispas, abejas, culebras y perros rabiosos (afirmando que la mordedura más peligrosa es la del hombre habriento). Entre los venenos vegetales cita la mandrágora, el hioscianus, solanuruni-grum, cantáridas y otros. Clasifica los venenos, siguiendo a Galeno, en

(1) Porta Moris, Dissertationes aliquot a R. Moise Maimónide suis in varios (hebreo) sirve textus Talmudice partes, Comentariis praemisse quae ad universan fere Judeorum disciplinam aditum aperiant. Arabice et latine Alditae. Oxonie 1655.

(2) Constitutiones de Fundamentis Legis, Rabbi Mosis F Maimemon. Latine redditae per Guiliermum Vorstium C. J. Amstelodami (hebreo) XXXVIII.

fríos y calientes, es decir, aquellos que producen depresión y enfriamiento y los que determinan fiebre y excitación psíquica. Como tratamiento general, aconseja en los primeros remedios suaves, como leche, etc., en los otros, estimulantes, como vino, anís, etc. En el primer grupo está el veneno de la víbora, en el segundo el del escorpión. En la mordedura del perro rabioso, Maimónides aconseja continuar la cura durante 40 días, sobre todo mientras esté abierta la herida.

Es notable que el autor exponga la idea de que el uso de cerebro de un perro asado aumenta la inteligencia. Se encuentra, dice también Maimónides, en los escritos de los antiguos la doctrina de que el uso en el hombre de órganos o partes orgánicas refuerza la función propia de dicho órgano empleado. El empleo del polvo de esmeralda como contraveneno, lo aconseja bajo la autoridad de Avenzaar.

Aconseja como tratamiento local en los casos de heridas envenenadas, la ligadura de la zona lesionada, la succión del veneno (mojando los labios en aceite) o también con ventosas y la abertura amplia de la herida. Expone los remedios de aplicación externa e interna; entre los primeros, recomienda la cebolla, asa fétida, disolución de sal común; entre los segundos, los vomitivos etc., pero sobre todo las piedras preciosas, sercar, esmeralda, (era una superstición y extendida la de la eficacia de las piedras nobles), la teriaca y otros medios.

Este Códice es de los libros llevados por Felipe II a la Biblioteca.

El tratado de los venenos fué traducido al Francés por J. M. Rabbino-wicz (*Traité des poisons de Maimónide*) París 1867, y al alemán por Steinschneider en los *Vichchow Archiv.*, tomo 52, año 1873.

Otro Códice árabe de Maimónides de la Biblioteca del Escorial figura con el número 869 actual (correspondiente al 863 de Casiri). Es una obra que comprende toda la medicina, con suma brevedad y erudición, bajo este título: *Aforismos de Medicina*, tomados principalmente de los libros de Hipócrates y de Galeno, distribuída en XXV libros. Sin embargo, en la edición latina de esta obra, que vió la luz en Basilea, el año del Señor de 1579, no hay sino XXIII libros (Casiri). Según el autor que estudió este precioso Códice en tiempo de Felipe III, se trata de aforismos propios de Maimónides sacados sobre todo de la doctrina galénica y también de la hipocrática. Están estos dos códices en caracteres cúficos, y el último es también de la Biblioteca de Felipe II. Muchas veces en éste, Maimónides expone ideas propias contradiciendo las ideas galénicas, lo cual demuestra una gran libertad de espíritu, notable además por la época.

Hay dos o tres ediciones latinas, de fines del siglo XV (Venecia 1497), y otra con Razés, Basilea 1570.

Sus doctrinas aforísticas están tomadas de Galeno principalmente (*secundum doctrinam Galeni, medicorum principis*), compuestos, según el autor, primero para instrucción propia, pero también para utilidad de los colegas. No tienen sólo, como han creído muchos, carácter compilatorio, porque era impropio del espíritu de Maimónides, tan profundo crítico en filosofía y metafísica, exponer servilmente las ideas de otro, siquiera éste fuera Galeno.

Entre unos 1.500 aforismos están incluidos 42, en los cuales dice expresamente: «dijo Moyses», y en diferentes sitios del libro se expresa abiertamente contra las ideas del médico de Pérgamo. Según Wustefeld, no sólo cita a éste sino a otros médicos, sobre todo sus coterráneos, el Temini y Ybn Zor. Los aforismos de Maimónides no tienen analogía con los aforismos hipocráticos, ni en tendencia ni en contenido ni en forma, como dice Pagel. El valor de esta obra consiste en haber dado de un modo sintético a sus contemporáneos todo el cuerpo doctrinal de la medicina galénica, constituyendo una especie de *Repetitorium* para los prácticos de los siglos XIII y XIV.

Comprenden los aforismos 25 capítulos, que tratan, los primeros, de Anatomía, Fisiología, Patología general. Después se ocupa de Semeiôtica, sobre todo del pulso y la orina, y luego etiología y terapéutica. El capítulo X es, en síntesis, el tratado de las fiebres de Galeno. Se ocupa sucesivamente de la sangría y los vomitivos y los purgantes. Más adelante, de gimnasia, baños y diatética, de Ginecología y de higiene, etc. También trata de balneología.

Las críticas de Maimónides a Galeno se refieren a asuntos médicos, no como las de Tarés, Abenroar y Alí Rodoan, que se referían principalmente a los temas filosóficos. Maimónides no reconocía autoridad a Galeno en estos últimos problemas. Critica además muchas contradicciones halladas en los libros del médico de Pérgamo.

Había otro Códice en el Escorial, que figuraba con el número 893 (correspondiente al 888 de Casiri), pero ya no está en la Biblioteca. Parece que trataba de *Cánones de Medicina práctica*. El autor sirio dice que fué escrito el año de Cristo de 1424 (Casiri), página 315. c. 2).

El llamado *Tratado de Higiene* está constituido por las prescripciones higiénicas para uso del hijo de Saladino, Al Malik-al Afdahl. Las traducciones latinas llevan por título de *Regimine Sanitatis*. Hay ediciones de Venecia (1514-1521), de Augusta Vindelicia (1518) y de Lyon (1535).

La edición alemana se titula *Dietetischen Sendschreiben au den Sultán Saladino*, Viena 1843 (según una traducción del hebreo.) Esta obra consta de cuatro libros, en los cuales se expone el género de vida que debe seguirse en estado de salud y de enfermedad, emitiendo reglas y preceptos higiénicos generales. Un ejemplar de la edición de Lyon está en la Biblioteca Nacional de París.

En 1907 H. Kroner, Oberdorf-Bopfingen, hizo una traducción al alemán del hebreo del tratado sobre *El Coito de Maimónides*. Según Casiri en la Biblioteca de París hay un Códice en árabe con caracteres hebráicos de Maimónides que trata de las *Causas de las enfermedades*. También *Cartas* pertinentes a asuntos médicos, en árabe, con caracteres hebráicos. Un tratado sobre la curación del *Asma*, vertido del árabe al hebreo. Una carta *De Dieta* a un príncipe, que le había consultado sobre ella.

En definitiva podemos afirmar que la personalidad médica de Maimónides no llegó a la altura de la que adquirió en la filosofía; era, sin embargo, relevante y conspicuo. Fué un médico fecundo escribiendo sobre asuntos del arte aplicado, conocedor de la literatura antigua y medieval y sobre todo de la obra de Galeno. Era profundamente galenista, hallando en el médico de Pérgamo la fuente por excelencia del conocimiento médico. Pero no fué esclavo del galenismo, sino original pensador e independiente. Sometió a severa crítica muchos pasajes de Galeno, contradiciéndolos, basado no en concepciones teóricas, sino de ordinario en su experiencia propia. Sin que dejase de reconocer la gran autoridad del pergamino, sobre todo en el valor de los hechos médicos aportados en sus obras, no aceptó las deducciones filosóficas de Galeno, que no consideraba en su mayor parte valederas.

Terminamos diciendo: Maimónides fué uno de los médicos medievales de mayor alcurnia; profundamente galenista como correspondía a su extirpe filosófica aristotélica, pues admiraba al maestro de Stagira, del cual dijo en una carta a Ibu Tibbon: «su ciencia es la más completa que puede un hombre poseer, con excepción de aquellos que por inspiración divina abrazan el don de profecía, sobre el cual no hay otro más conspicuo». Fué constructor de ciencia médica, pero no llegó, ni la época era aún propicia, a creador genial en el área de la medicina. Su espíritu independiente le hizo no someterse servilmente a la doctrina galénica, lo que en aquel tiempo equivalía a originalidad y valor personal.

La clase médica española espera que nuestra escuela arabista no consienta que continúen en un profundo sueño secular y se reduzcan a polvo,

como a los Reyes en el Panteón de El Escorial, los Códices árabes de Maimónides que son sus dos escritos médicos más importantes «El Tratado de los venenos» y Los aforismos. Si nos los dan traducidos a nuestra lengua vernácula, que Dios se lo premie, y si no, se lo demande.

HE DICHO.

La Reina y el Ropavejero

Aquel gran erudito silencioso, aquella sagaz hormiga pródiga que fué el señor don Emilio Cotarelo Mori, cuya pérdida reciente lloran las letras españolas, entre la multitud de obras que redimió de la vejez, madre del olvido, sacó a la luz el «Cancionero de Antón de Montoro: el Roperero de Córdoba», poeta del siglo xv castellano. Las sales amargas del bilbilitano Marco Valeriano Marcial, su salaz cinismo y su poética e innoble mendicidad remanecieron por espontánea afloración a la distancia de catorce siglos en el juglar andaluz, injertado sobre tronco judío, que en la villa de Montoro, regada por el Guadalquivir, rey de los ríos, sentado a la puerta de su mísera tienda de sastre remendón o de aljabibe, como entonces se decía, zurcía calzas de cordellate grosero y enhebraba perlas de poesía en hilo de oro.

El alfayate o ropero cordobés pertenece a aquella constelación de hombres consagrados a oficios manuales que saben menear el plectro y manejar la herramienta, que en su frente goteada de sudor reciben el beso celeste; como su contemporáneo Mondragón, que era mozo de espuelas; como el escocés Roberto Burns, que fué carretero; como el olimpico Jasmín, que tenía abierto establecimiento de peluquería en la gascona villa de Agen, y los más grandes personajes de Francia que pasaban por allá, entraban en su tienda a deponer la tumultuosa greña romántica en manos del alumno del intonso Apolo, dios del arca de plata.

Antón de Montoro fué uno de los judíos que entraron en pila, como decía él mismo, es a saber, que expurgaron el viejo fermento judaico y sumieron el pan de la Eucaristía. Antón de Montoro jamás negó su origen ni se sonrojó de su éxodo. Sangre suya muy allegada no le acompañó en la transmigración:

Que tengo hijos y nietos
y padre pobre y muy viejo
y madre doña Jamila
y hija moza y hermana
que nunca entraron en pila.

Su cristianismo debió ser sincero. En días en que la pestilencia se había abatido sobre Córdoba, como sobre el reino de David tras el adulterio, encontró en su humanidad voz profunda como el salmo, acentos como los de David. A uno que le preguntó por qué no huía de la pestilencia, respondióle Antón de Montoro con esta deprecación que parece bíblica, arrancada de labios de Ester:

Eterna gloria que dura:
¿en cuáles montes y valles,
en cuál soberana altura,
en cuál secreta fondura
me porné do non me falles?
Por tu santa santidad,
no mirando mis zozobras,
si no te vencen mis obras,
vénzate la tu piedad.

No fué Antón de Montoro de aquellos que porque sostienen en sus manos la lira de marfil, desdeñan los ásperos contactos que ponen callos en los dedos. El no abandonó su tugurio de alfayate. Era callejera su musa y era picaresca y libre y no tenía a menos detenerse delante de su ruín portalillo, y trabar con él conversación salada y sabrosa; pero Antón jamás quiso vivir a costa suya. No admitió que fuese ella quien le mantuviese. Contento con su solo comercio, el procuraba comer del trabajo de sus manos y del manejo de los utensilios de su oficio:

Pues non cresce mi caudal
el trobar, nin da más puja,
adorámoste, dedal,
gracias fagámoste, aguja.

El hambre le acosaba a veces con sus fieros dientes caninos; pero más sentía Antón de Montoro el asedio implacable del odio religioso encarnizado sobre su pueblo.

En los días de Viernes y Sábado Santo del año 1473, por un fútil o especioso motivo, la hez del pueblo de Córdoba, acaudillado por un herrero, llamado Alonso Rodríguez, asaltó las casas de los más significados conversos, robándoles sus haciendas, quemándoles los edificios y asesinando a los que no pudieron salvarse con la oportuna fuga. La matanza y sacomano se prolongaron tres días. La cristiana y alegre blancura de la Pascua de Resurrección fué manchada de sangre. Antón de Montoro fué uno de los que escaparon de la feroz asonada y salvaron su cuello del degüello; pero empezó una vida de huído, como una alimaña. Y este poeta fugitivo, mendigo y astroso, consiguió elevar las quejas de todo su pueblo a los píos oídos de la reina Isabel, para que pusiera fin a la perpetua pascua de sangre:

Pues, Reina de gran valor,
que la santa fe alienta,
no quiere Nuestro Señor
con furor
la muerte del pecador,
mas que viva y se arrepienta.

Y con eficacísima y patética evocación que debió conmover sus entrañas de mujer, de madre y de cristiana, recuerda el poeta, judío converso, el costado abierto de Cristo, manantial de perdón para los que no sabían lo que hacían:

Pues, Reina de gran estado,
hija de angélica madre,
aquel Dios crucificado,
muy abierto su costado
e inclinado
dixo: Perdónalos, Padre
Pues, Reina de autoridad
esta muerte sin sosiego
cese ya por tu piedad.

Las manos de la mujer fuerte detuvieron las cuchillas. Más aún que su juventud, la vejez de Antón de Montoro fué canora como la del cisne. Solamente en su senilidad tiene disculpa esta idolátrica canción, que por su impiedad sacrílega mereció las más vivas condenaciones de

los hombres de su tiempo y debió escandalizar y horrorizar los timoratos oídos de doña Isabel:

Alta Reina soberana,
si fuérades antes vos
que la hija de Santa Ana,
de vos el Hijo de Dios
recibiera carne humana.

La cristiana reina perdonó al poeta decrepito esta impía demasía. Pero es bien seguro que antes, la reina, que era excelente catadora de buenos versos y que tenía su poeta áulico en el poeta moralizador y ascético Fray Ambrosio Montesino, gustó las sales andaluzas del alfayate de Montoro. Parece que otro poeta mendigo, rival de nuestro Antón, llamado Juan de Valladolid, cortejaba la larga mano de la reina de Castilla, a quien los poetas andantes y no andantes de su tiempo tenían el acceso fácil y hasta en su afable gravedad dejábase hacer lindos y respetuosos madrigales. La cámara real no estaba demasiado lejos del cuchitril del inspirado aljábibe. Sin duda para que Juan de Valladolid no se aprovechase demasiado de la generosidad de la reina, en perjuicio propio, que anda muy despierta siempre la suspicacia de los mendigos, quiso prevenirla en contra, insinuando que era ladrón:

Alta Reina de Castilla,
Pimpollo de noble vid,
esconder vuestra vajilla
de Juan de Valladolid...

Una sonrisa fina, al leer esto, debió animar sus labios voluntariosos.

LORENZO RIBER.

«El Debate» 26-2-1936.



La invención poética en el niño

*Comunicación leída en sesión ordinaria
por el miembro correspondiente D. R. Oli-
vares Figueroa, a propósito de la poetisa chi-
lena de once años, Alicia Venturino Lardé.*

Los postulados de mis aficiones, me dictan el deber emocionado de hacer partícipe a la Academia de un hallazgo, para mí, precioso y digno de estudio y meditación muy detenidos.

La ancha clínica del mundo nos ofrece hoy el caso de una pequeña de once años, creadora de un estilo, artífice de juegos e invenciones líricas muy afortunados, y ésto constituye, por su rareza, una excepción que nos obliga a repasar las conclusiones de la psicología genética y a remover el acervo de nuestras noticias y observaciones.

Creemos saber que el niño, ser en desarrollo, no debe obligarse al cultivo de la disciplina creadora, tan desmedrante y fatigosa.

Parece que tales derroches de energía psíquica debieran reservarse para la época de plenitud biológica. Norma de economía vital es ésta; más aún: una simple práctica de la higiene del individuo niño.

Ahora bien: si señalamos la inconveniencia del esfuerzo creador en el niño, en nombre de las ciencias biológicas, de una manera general, difícilmente podríamos dejar de reconocer que dicha inconveniencia no lo es tanto cuando la invención surge sin esfuerzo, como yerba en prado, acuciada por las excelencias de un suelo rico en constitución, y la natural beneficencia de los meteoros.

Las estadísticas nos dicen, sin embargo, que lo que la teoría bien admite, la observación suele mostrar avaramente, y no por cierto creemos que dimane de la incapacidad del niño para la creación. Si el niño no crea obras transcendentales, bajo el punto de vista adulto, en general, el espíritu de creación en él late vivo, como Claparede y Piaget han demostrado, y señala la evidencia. El niño, en su círculo maravilloso de inquietud, es el creador por excelencia. Como en Suiza los anteriores, en

Francia Coussinet, en América Dewey, han observado que la aptitud de invención pueril es considerable. Llegó el adulto a su meta de cristalización, mientras, proteico, el niño se transfigura en un mar de aspectos y matices. Mientras nosotros nos nutrimos, como los sabios del instituto mítico de Lagado, en la ficción de Swift, de fórmulas y obleas, el niño lo revuelve todo y lo escudriña, y cuando no le responden las criaturas, alza el andamiaje de sus hipótesis o se eleva en el tapiz árabe de la magia sobre el hermetismo de las cosas. Por otra parte, la sensibilidad del niño para la percepción del mundo, es maravillosa. Se ha visto y nosotros hemos comprobado, que poseen una gran curiosidad para los hechos de orden científico y una gran capacidad para entender el arte. Concretando, diremos también, con feliz expresión ajena, que los niños son buenos conductores de flúido poético.

Pero es preciso decirnos algo de esta poetisa, cuyo cuerpo menudo es una copa demasiado pequeña para su espíritu. Sabed que no se trata de aplicarle el calificativo de precoz, porque este concepto entraña ideas incompatibles con la científica seriedad de sus progenitores: la precocidad, hija del artificio violento, casi siempre suele apoyarse en una disposición de tipo patológico. Alicita Venturino es una niña superdotada. Su finura mental recibe el estímulo del medio elevado en que se desenvuelve. Una educación en la que juegan factores tan valiosos como los ejemplos, el trato social y bibliográfico y el reactivo de los viajes, sin que el primer vuelo de la personalidad sea coaccionado en modo alguno, consideramos obradora de tan sutil desenvolvimiento.

Ahora tengo en la mano su «Opera Omnia»: el manuscrito de sus poemas de niña, y a fe, que experimento una cierta vanidad pueril, y aún os haría la burla del que come los piñones de su piña folklórica, si pudiera eso compaginarse con la gravedad que el sitio y las personas han de imponerme. Antes os ofrezco en la mano abierta los más sabrosos y dorados, porque me place haceros partícipes del inesperado festín lírico. Repasando, sin dejar una, las lindezas de la colección. ¡Qué sonora el alma recién nacida! ¡Qué vaho de lirios! ¡Qué puro sueño de arenas en el alba!

Veo la pequeña sobre los cerros—su atalaya de cabritillo mental—interrogadora, como buena niña. Sus ojos, bien abiertos y lozanos, se hunden en las cosas, como trompetilla de insecto muy goloso. Les chuparía el alma si pudiera:

«¿Por qué lloran, por qué silban los árboles?»

(«Llueve»)

Alicita, como el alma de Ibn Tofail, se reconstruye autónomamente su universo: mas, ¡cuánta inquietud y vacilación!... Casi la diríamos enredada en la misma tela de arácnido que ha tejido para enredar el mundo.

«Ella interroga a

«La estrella luminosa, que va por las nubes
cantando muy alegre...»

(«*La estrella fugaz*»)

y a la desolación de la playa en el día gris, y a la abuela común, vieja narradora:

«Tierra: cuéntame los cuentos
tan lindos
de cosas antiguas
que me contabas...»

(«*Tierra*»)

La vemos, desde su pináculo, elevar las manos al sol, como los incas, para preguntarle por su milagro de omnipresencia, y a la isla, que se arroja en el mar, y a la «montaña misteriosa», «que ama la noche», y a la selva, humanizada y magnífica, y a la roca

«Triste y trágica
porque el mar estaba quieto
y apenas reflejaba en sus aguas
su negra figura...»

(«*La roca*»)

y al mar, que arroja detritus sobre las playas.

A veces, las cosas responden a la niña inspirada; y estas contestaciones que tienen algo de sentencia, nos parecen de una profundidad abrumadora.

Repasando el libro de Alicia, notamos el hecho de la mala opinión que, para la niña, merecemos los adultos. La montaña, devastada por el hombre del hacha de acero, clama por su ornamento antiguo; dice la selva:

«Yo amo al hombre,
a pesar de que es malo,
porque veo que sufre»

(«*La selva*»)

En «La respuesta del mar», la pequeña poetisa, después de preguntarle cómo abandona sobre la orilla restos y basuras, le propone:

«¿Acaso no amas a los niños?»

y hace que conteste:

«Sí—dijo el mar—amo a los niños,
pero no a la humanidad,
porque es malvada».

Estas notas nos inclinaron a creer en contrariedades ya vividas, a través de esa peregrinación fraternal que va realizando junto a sus padres. Los coscorriones recibidos contra las aristas del mundo, constituyen su depósito de experimental filosofía. La montaña avanzando sobre sus ojos, le hizo saber, en un instante litúrgico, algo de su frialdad y aspereza. Este es el aspecto doloroso de la poesía de Alicia Venturino Lardé.

Preferiríamos verla más ocupada con su mundo infantil, con sus pájaros y muñecas; pero era fatal el choque. Se adelantaron las aguas más profundas para llenar su cantarillo de viaje, y se le entraron por el alma, cuando, para los otros, aún no ha solido llegar el tiempo.

De sus invectivas e ingenuas pedradas a la frente del mundo, nada tan dulce como ésta:

¡Qué malo el invierno!
Cómo rompe las rosas,
las violetas, los lirios y las azucenas!
Sólo la primavera es buenita
con todas su flores.
.....
¡Malo invierno, ándate ya de mi casa!
.....
¡No arranques más pétalos
ni hojas!...

(«Invierno»)

Pero si prescindimos de dicho aspecto de la creación poemática, para brujulear entre la gracia de su «silva locorum», ¡cuántas compensaciones! Todo el espíritu nos desgrana esta nenita primorosa, como en lluvia de oro, sobre el pecho herido de belleza, y entonces, ¡es tan niña!

Sobre sus escenarios viajeros, ha dialogado con los bobos pingüinos

australes, las gaviotas, los colibrís y las golondrinas. Ya sabemos algo de esta comunicación de los niños con nuestros hermanos inferiores, a la que sólo los poetas, probablemente, concederán un valor exacto, y este motivo le ofrece lindas ocasiones para destrenzar sus leves guirnaldas sensitivas.

Despuntan las flores maternas sobre esa tierra tan propicia del amoroso cuidado y la redoblada curiosidad, porque en la niña bullen como se sabe, las cálidas esencias de su destino, desde el amanecer, y así nos regala con los primores de la ardillita que mató al zorro, «El osito», cándido poema, y, sobre todo, «El pajarito», magnífica balada en tono menor, que para nosotros, constituye un documento lírico infantil de primera clase, por su sentido gráfico y vitalidad, y la sorprendente fuerza emotiva de sus estrofas.

Otro de los méritos de nuestra pequeña es su capacidad para comprender y cantar el alma del paisaje, y yo os citaré más ejemplos, si no temiera sobrepasar los límites asignados a estas comunicaciones.

El hallazgo de Alicita Venturino Lardé, la más joven poetisa americana, viene a cautivarnos en nuestro rincón de ensueño cordobés, y a hacernos la vida un momento más encendida y acariciante.

Ahora, señores académicos, pues que el manuscrito de la niña chilena, reproducido, queda aquí, puédesse, con mayor detenimiento, ser estudiado, y contrastadas mis observaciones.

HE DICHO.

* * *

«La naturaleza y yo»⁽¹⁾

MARIPOSA

Mariposa, que tienes los ojos
como dos gotas de lágrimas,
como dos gotas de tristeza,
como dos gotas de sangre
rojas, rojas...

(1) Texto de la obra lírica de Alicita. La reproducimos como documento. Así podrán contrastarse mejor nuestros juicios críticos. Se trata de un Coloquio entre el Alma-niña y el Mundo, y este sería su mejor título.

EL CABALLO

El caballo iba triste.
 El caballo iba sólo... ¡Sólo!...
 sin nadie que lo montara.
 Iba sólo y triste por el camino...
 De pronto, la luz de un rayo
 le hirió en la frente,
 y el caballo se tiró al río...
 ¡Y el caballo que iba solo,
 no volvió más!...

LLUEVE

Llueve sobre la ciudad y sobre los campos,
 y el agua chorrea por todas las ramas
 de los árboles...
 Llueve, llueve, llueve...
 ¿Por qué lloran, por qué silban los árboles?...
 ¿Son acaso gentes?...
 Llueve, sigue lloviendo,
 y el viento
 anda corriendo como loco...
 De pronto sale el sol, y sobre las ondas
 del mar,
 quiebra todas sus luces brillantes,
 y no llueve más...

INVIERNO

El invierno ha venido a mi casa,
 y ha roto los ramos de flores
 tan lindas,
 que había en las plantas...
 ¡Qué malo el invierno!
 ¡Cómo rompe las rosas,
 las violetas, los lirios y las azucenas!...
 Sólo la Primavera es buenita

con todas las flores:
las hace más lindas y más olorosas...
¡Malo Invierno: ándate ya de mi casa,
no destroces mis ramos,
no arranques más pétalos
ni hojas!...

LOS PINGÜINOS

Llevan una vida así:
viven pescando, y un rato van al agua
con sus alitas grises, como nubes cargadas de lluvia.
Después, se salen a la nieve...
Cuando llueve, todos los pingüinos
se ponen alegres,
y juegan muy graciosamente.
Sus ojos tristes brillan de contento...
Se van a las rocas en donde viven,
y hacen sus nidos.
Ponen sus huevitos, nacen sus hijitos,
y, cuando son grandecitos,
les ayudan a pescar a sus papitos...

LA ESTRELLA FUGAZ

La estrella luminosa, que va por las nubes
cantando muy alegre y regando su luz,
es un lindo meteoro
vibrando sus luces por el espacio azul del cielo...
Los ojos del meteoro son, en verdad, de luz...

LAS GAVIOTAS

Las gaviotas vuelan sobre el mar.
Con sus alas tan grandes
se van a las rocas, y hacen su nido
muy bien tejido...
y, cuando cae la tarde, todas las gaviotas
se reúnen en vuelo...

y, cuando la noche llega,
se duermen en silencio...

EL RÍO

Por la arboleda cruza el río.
El sol se refleja en las aguas,
y forma lindos encajes de colores...
Un nido de colibrí hay en una rama,
con sus pequeños huevitos.
El colibrí, todos los días,
se va a bañar al río,
y esponja sus alitas que parecen de oro y plata.
Las flores crecen bajo las arboledas...
El río, tan extraño con sus peces de color
de plata, que brillan con el sol...
Bajo de la palmera, en una rama,
también hay un nido de hornero.
Y se ven entre todos los follajes
las grandes montañas...

LA ARDILLITA

La ardillita salta y juega,
y un zorro la vió
y, de alegre, se la comió...
¡Pobre ardillita,
tan chiquita y tan bonita,
y cómo murió!...
¿Qué habrá hecho,
que nunca resucitó?...

LAS MONTAÑAS

Las montañas son tan altas
que casi alcanzan al cielo.
Las nubes vienen a besarlas,
y les sirven de compañeras...

Las montañas se ponen tan alegres
cuando ven venir a las nubes...

Los árboles dan frescura
también a las altas cumbres,
y las hacen más bonitas
con su color verde oscuro...

LA VANIDAD DEL MAR

El mar sólo ama a las rocas altas
porque por ellas pueden elevarse sus olas.

Las bajas no las quiere
porque son feas y negras.

Por eso las escupe y no quiere mirarlas...

Sólo las grandes le gustan...

Y el mar les arroja sus bellas espumas,
al estrellarse en ellas,
como leves racimos de garzas blancas
y gaviotas...

EL HURACÁN

La playa con sus rocas está solitaria.
El huracán viene silbando y gritando
y arrastra las arenas y forma los médanos...

Las olas del mar andan locas
chocándose unas con otras
y haciendo hundir a los barcos
que no se fijan que hay neblinas...

Y todas las gaviotas
huyen, llenas de miedo,
y van a esconderse detrás de las rocas...

LUNA

Luna bella sobre el mar,
que rompe sus monedas de plata

sobre las orillas de la playa
 al mismo tiempo que el oleaje marino
 como un destino humano
 que se rompiera de súbito...

PLAYA

(Copacabana - Brasil)

Playa, ¿por qué estás tan desolada?
 Dime: ¿por qué está triste el mar
 y las olas no chocan
 alegres contra las rocas?...

¿Por qué estás tan desolada?
 ¿Cuál es tu dolor?

Dijo la playa:
 porque todo está gris
 y no sale el sol...

MI TIERRA

Mi tierra, mi tierra
 va girando, va girando
 como una pelota
 que se desgastara
 en la vida...

LAS NUBES

Las nubes cargadas de agua
 se deshacen en lluvia,
 y el trueno rugé con furia,
 estremece a la montaña,
 y el rayo que cae
 trae una luz magnífica...

RANCHO

Humilde rancho de paja,
 cuando viene la lluvia,
 todo lo moja.

Caen adentro muchas gotas de agua,
y empapa a la pobre gente
que allí vive.

LOS RATONCITOS

Los ratoncitos
tan chiquitos y tan bonitos,
todos los días van a mi mesa
a comerse los pedacitos de pan
que yo dejo...

Todos los ratoncitos
son muy bonitos,
con su colita
larga y lisita...

Si yo dejo un pedazo de dulce
en mi mesa,
todos los ratoncitos se lo comen,
porque son muy picaroncitos...

EL CORCOBADO

(Copacabana - Brasil)

Con su altura, la montaña casi se esconde en el cielo;
parece que ella ha crecido para ver mejor el mar...

El Cristo del Corcobado tiene los brazos abiertos
como dos alas tan blancas y tan lindas
que parece que quieren abrazar
a toda la tierra...

Cuando las nubes grises
bajan a buscar la montaña,
cubren casi todo el cuerpo del Cristo
y sólo asoman, por entre aquella oscuridad,
sus dos manos, como dos palomas blancas.
y su linda cabeza, como de una bola de luz,
como si estuvieran suspendidas en el aire
o del mismo cielo gris...

TIERRA

Tierra: cuéntame los cuentos
tan lindos,
de cosas antiguas
que me contabas antes
y ya no recuerdo...

Cuéntame, Tierra, los cuentos
de antes,
los cuentecitos que me contabas
y ya no recuerdo...

Dijo la Tierra:

—No... porque tú eres un ser humano
y no comprenderías mis palabras...

EL AVE MARINA

Una vez, un ave marina
fué al mar,
y vió en aquellas enormes montañas de agua
la luz solar,
y se alegró tanto, que se puso a volar y a volar...

EL PAJARITO

¡Pobre pajarito,
tan chiquitito,
que recién nacido
murió!...

¡Pobre pajarito,
que, recién nacido,
el frío lo mató!...

¡Pobre la mamita!
¡Está tan triste!
Mira a los cielos,
se revuelca entre las plantas
de dolor...

Se ha muerto su hijito,
y lloran los árboles
junto a la mamita,
que llama a su hijo
con aflixión...

¡Pobre pajarita!
Rompe las flores,
se revuelve entre las plantas,
y se arranca las plumas...

Y el papito, triste,
dice: cállate, estoy loco.
¡Ha muerto mi pajarito,
y no vendrá más...

EL OSITO

¡Pobre osito!
Juega lo más alegre,
con una pelota de nieve, y goza.
Goza... y la osita contenta
juega con él...
Y el papito se alegra
de verlo jugar.
Le hace una pelota grande
y, entre la mamita y el hijito,
juegan a tirarla...
¡Pobre osito! Siempre viviendo en la nieve
tan fría,
con su mamita y su papito,
y cuando muere,
lloran las flores de hielo y botan sus pétalos,
y se deshacen las nieves, de tanto llorar...

SOL

¡Ah, sol de América!
Tú, que eres tan grande y tan bello,

¿cómo pueden tus rayos hacer el milagro
de fecundar a toda la América?...

ISLA

Surges amontonada, y cubierta de selva,
de verde selva virgen,
y toda rodeada de mar...
¿Cómo puede ser este fenómeno
que te levantes de entre las aguas?...
¡Ah, es que la naturaleza te ha formado así!

LA MONTAÑA MISTERIOSA

La noche estaba oscura,
y la montaña trágica, en medio de la noche,
parecía negra como el cielo...
Yo, al pasar cerca de ella, le pregunté:
—¿Por qué, ¡oh montaña!, amas la noche
y te vistes de tinieblas, como ella?
Tú, que eres tan hermosa, bajo la luz del día,
con tu ropaje verde, como de esmeralda,
¿prefieres la oscuridad, que te roba
tu verdadera figura,
y el divino color que te llena de alegría
y hace feliz a los pájaros?...
Mas la montaña no respondió.

LA SELVA

La selva misteriosa
tan humana con la gente
que le brinda su leña y sus frutos.
En el mundo no hay otra cosa igual,
llena de árboles de todos colores:
verde claro, oscuro, negro, amarillento,
verde marino como esmeraldas gigantes...
Yo le dije:
—Selva, tú no amas al cielo,

que, a pesar de tu altura,
parece que te agachas a la tierra
para tenderle tus brazos-ramas a los hombres.

«—Sí—me respondió—, pero amo más al ser humano
a pesar de que es malo,
porque veo que sufre»...

—Selva, ¿y a la noche, no la amas?

«—Sí, también la quiero,
porque con su rocío me fecunda
y me hace surgir más vigorosa
como me hace la lluvia»...

«Pero más que a todo, amo la luz del día
porque, bajo su luz,
resurjo más hermosa,
y las enredaderas, llenas de flores,
que me adornan,
aparecen más nuevas
y resplandecientes, bajo mi follaje...»

LA ROCA

La roca estaba triste
porque el mar no se estrellaba en ella.

La roca estaba triste y trágica
porque el mar estaba quieto
y apenas reflejaba en sus aguas
su negra figura...

Y la roca, al fin, le dijo un día:

«—¡Oh mar!, tú, que eres tan infinito
y misterioso,

¿por qué no vienes a estrellarte en mí
y revientas tus ondas en chorros
de blancas espumas?...

Sabes que adoro el movimiento
porque yo no lo tengo,
y, con cada uno de tus vaivenes,

me hago la ilusión de que soy yo
 la que ondula...
 Mar, inmenso y misterioso,
 con tus aguas verdes y transparentes
 parece que fueras
 una bella esmeralda movable...»

DIJO EL MAR...

Dijo el mar:
 ¿Cómo es eso, que siendo tú tan grande,
 y teniendo montañas tan altas,
 y siendo tan movable
 los hombres, cuando pasan a mi lado,
 me pisan y escupen,
 y me tiran palos, basuras,
 restos de comidas e inmundicias?...
 ¿Cómo es eso, que ni siquiera me respetan
 y que siempre he de vivir humillado?...
 Y levantando sus aguas con furia,
 fué a buscar a las rocas,
 y le arrojó un enorme escupitajo,
 les arañó la cara, y las mordió.

LA RESPUESTA DEL MAR

Mar: ¿cómo es eso que arrojas escupos,
 cangrejos, conchas, palos podridos
 y sucias espumas, sobre las rocas
 y las playas?...

¿Acaso no amas a los niños?...

«—Sí—dijo el mar—, amo a los niños
 pero no a la humanidad,
 porque es malvada...»

EL HURACÁN COLÉRICO

El huracán ruge colérico,
 y el mar grita también

cuando lo vé pasar,
y arroja sus montañas de agua
contra las rocas,
que se desflecan, al chocar...
Y todas las gaviotas, garzas y petreles
van en busca de su nido...
Arrebatadas por el huracán,
las olas corren locas,
persiguiéndose, unas con otras...
Y el viento silba y llora,
como un niño perdido en medio de la lesva...

EL RÍO Y LAS AVES

Entre el bosque corre un río,
resbalándose por unas rocas lisas.
Los pajarillos vuelan encima de la corriente.
Todos los árboles están cubiertos de flores.
El río hace música como una guitarra,
para decirles a los pajaritos
en una canción:
Vuelen, vuelen sobre mí,
lindas avechitas, que yo os lanzo espumas,
cuando choco contra estas rocas lisas...

EL DOLOR DE LA MONTAÑA

La montaña, mirándose en el espejo de un lago,
le preguntó con amarga tristeza:
—Lago: ¿por qué causa, en tus aguas
no me reflejas hermosa, como lo haces
con mis otras hermanas?...
—¡Ah!—le respondió el lago—
te copio tal cual eres:
pelada, sombría, y, a decir verdad,
un poco fea...

Antes eras hermosa, como las otras montañas,
 pero el hombre, malo como siempre,
 te arrancó, a golpes de hacha,
 (todos tus bellos árboles),
 para fabricar leña y carbón...
 Y, al dejarte desnuda,
 hizo huir a los pajarillos, que te alegraban
 con sus dulcísimos cantos,
 y no te quedó ni una sola flor que disimulara
 tu fealdad...
 ¡Oh montaña!, ¿qué quieres tú que yo le haga?
 Si no puedo devolverte el encanto
 que los hombres te robaron;
 no me queda mas que copiar en tus ondas
 tu horrible joroba...

LA BARCA

La barca pescadora
 está flotando sobre el mar.
 Es la hora de la pesca.
 Los pescadores
 tienden las redes al mar.
 Y al sacarlas, vienen dentro
 un sin fin de pececitos
 de todos colores,
 que brillan con el sol...

LA NOCHE

La noche estaba negra.
 La luna reflejaba su mirada de plata
 sobre las ondas del mar.
 El mar parecía todo de plata.
 Y las rocas, más negras que la noche,
 esperaban al día,
 y la salida del sol...

PAISAJE

Las montañas, con sus árboles de color verde,
hacen alegrar la vista.

Se ven las lindas golondrinas que vuelan
por el espacio azul.

Las nubes blancas que van vagando
por el cielo,
hacen regocijarse a las aves...

Y todo es luz...

LAS ROCAS ALEGRES

Las rocas están contentas
porque el mar se estrella en ellas.

Una vez, el mar
se estrelló en ellas tan fuerte,
que el sol que estaba en el cielo
hizo iluminar los borbotones de agua
como verdaderos montones de luz...

LAS GOLONDRINAS

Las golondrinas se van para las montañas,
y allí picotean los frutos
que les sirven de alimento,
Allí hacen sus nidos, y ponen sus lindos
huevitos.

Después, nacen nuevas golondrinas,
y, cuando termina la primavera,
ellas emigran para España.
Luego, tornan a América...

LA FUENTE

La fuente corre por debajo de los árboles.
En el campo hay florecillas
de color morado y amarillas.

EL TRONCO DEL ÁRBOL

El mar arrastraba un gigantesco tronco
de un árbol.

El viento furioso se lo quiso quitar
y, soplando con furia,
y silbando como una culebra,
empujó al grande tronco
y lo sacó a las orillas
de la playa arenosa...

LA CASCADA

La cascada
desbordada,
despéñase desde enormes alturas
lanzando sus aguas cristalinas
mezcladas con blanquecinas espumas...
Y las rocas, tan negras, se ponían alegres,
al sentir la caricia
del agua...

FIN



El río les daba de beber
de su agua cristalina
que parecía que era de luz...

LOS COCOTEROS

Los cocoteros temblaban, porque el viento,
arrastrando las arenas,
las aventaba contra sus troncos...

Y, a cada golpe recibido,
se les escapaba la savia,
y los cocoteros ya no podían más
de dolor...

Y entonces, con angustia,
comenzaron a llorar...

Y el viento no sabía que hacía tanto mal...

LAS DUNAS

Las dunas estaban amontonadas
a las orillas de un lago,
en el cual se reflejaban.

Y un día que el sol estaba muy fuerte,
calentó las arenas del lago
de modo tan horrible,
que las pobres dunas murieron de sed...

Y el viento las atrastró...

EL PALMERAL

Las palmeras hacen un juego gracioso con el mar.
De noche, por entre sus lindas ramas verdes,
se ve la luna llena...

Y, bajo aquella luz, el mar
cambia el color de sus aguas
como si fueran de plata...

Y las palmeras se reflejan en las arenas
como lindos encajes...

